

# La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1909

NÚM. 1.459



ESPERANDO, cuadro de Ricardo Urgell. (Salón Parés.)

Constituía este cuadro una de las notas salientes de la interesante exposición hace poco celebrada en el Salón Parés de esta capital por la Sociedad Artística y Literaria. Obra del celebrado Ricardo Urgell, hijo de uno de los más ilustres maestros del arte catalán contemporáneo, llamaba la atención por la amplitud y el vigor del dibujo, por la verdad é intensidad de expresión de la figura y sobre todo por la valentía y la riqueza del colorido.

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la presente serie, que es

## LA EMPERATRIZ EUGENIA

apuntes tomados de su vida íntima según las memorias, correspondencias, relaciones y documentos más autorizados, por J. B. Enseñat.

Edición ilustrada con reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época.

## SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por Miguel S. Oliver. — *La Cabrila*, cuento de H. A. Dourliac. — *Valencia. Recolección de la naranja*. — *La campaña de Melilla*. — *Isla de Tenerife. Erupción volcánica del Teide*. — *Actualidades barcelonesas. Llegada de los reservistas de Melilla*. — *Carreras ciclistas*. — *Problema de ajedrez*. — *El alma de Nicolás Snyders, el avaro de Zaudam*, por Jerónimo K. Jerome. — *La ex emperatriz Eugenia*. — *Colonia. Monumento sepulcral á Juan Fastenrath*. — Libros.

**Grabados.**—*Esperando*, cuadro de R. Urgell. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *La Cabrila*. — *El Sermón de la Montaña*, cuadro de E. de Gebhardt. — *La maja*, pastel de C. Pla. — *La recolección de la naranja en Valencia*. — Tres fotografías de *La campaña de Melilla*. — *Erupción volcánica del Teide (Isla de Tenerife)*. — *Tarde de fiesta*, cuadro de J. Agrassot. — *El imaginero*, cuadro de V. Caprile. — *Pescadoras bretonas*, cuadro de M. Benedito. — *Barcelona. Llegada de los reservistas de Melilla*. — *Carreras ciclistas*. — Cuatro ilustraciones de Ruven Hill para el artículo *El alma de Nicolás Snyders, el avaro de Zaudam*. — *La ex emperatriz Eugenia en su castillo de Farnborough Hill*. — *Monumento á J. Fastenrath*, obra de J. Brandstetter.

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Hace pocos días que se constituyó, en uno de los salones del Ateneo Barcelonés, el Comité de Estudios de la futura Exposición de Barcelona. La de 1888 dió á esta ciudad una conciencia de sí misma, inesperada por completo. Entre los obstáculos y resistencias que tuvo que vencer aquella gran locura, entre los pesimismo de los roedores de profesión y las profecías de desastre económico y de ridiculez, el gran certamen, improvisado bajo un inverosímil agobio de tiempo, fué una sorpresa para todo el mundo: para sus organizadores mismos, para sus detractores, para el espectador indiferente. Su recuerdo dejó en la memoria de nuestra generación como un rastro de oro, como una gloriosa estela de luz. A medida que van pasando los años, ese recuerdo se engrandece y purifica. Tales días fueron los días radiantes de la juventud de un pueblo, de la esperanza de una raza. Los evocamos como se evocan las grandes fechas de la vida, deseos de saborear de nuevo aquella deliciosa fiebre de adolescencia, aquella ardorosa alegría nupcial...

Una generación, dos generaciones nuevas han aparecido en los veinte años transcurridos desde entonces, renovando, casi totalmente, el elemento director de la cultura catalana. Estas generaciones nuevas han expuesto, en mil formas y en todos sentidos, sus vastos propósitos, sus colosales programas de transformación espiritual y material, sus inmensas ambiciones reformistas, sus gigantescos planes de la Ciudad Futura. No obstante, la obra colectiva de estas generaciones está por hacer; consta únicamente archivada en los periódicos, en los libros, en las reseñas de los discursos. La guarda el papel impreso. En algún instante hemos temido por la misma esencia del espíritu catalán al verle tan propenso á la megalomanía y la verborragia. Hemos llegado á desconfiar de nuestra vitalidad y hemos sospechado una desviación peligrosísima de nuestro carácter al verle tomar las veredas del énfasis, de la jactancia y hasta de la utopía.

Grandes agitaciones políticas y jornadas muy luctuosas han venido después. La idea de una nueva Exposición, resumen de la potencia y progreso de Cataluña, ha surgido en repetidas ocasiones, como fórmula de concordia y aplacamiento, como un derivativo para nuestras contiendas, como un sedante para los ardores de nuestra calentura, como una afirmación en medio de tantas negaciones y de tanto trabajo disolvente. ¿Prosperará ahora? No lo sé. Mientras tanto, soñemos un poco más. Recordemos...

Hablando un día y otro de alguno de esos acontecimientos que, como la Exposición Universal de Barcelona, constituyen una época de nuestra vida, llega un momento en que nos damos cuenta súbita del volar de los años. «¡Toma—nos decimos entonces,—si esto ya pertenece á la historia! ¡Si ya podemos evocar esta fecha con todo el prestigio de las

cosas respetadas, consagradas y ennoblecidas por el tiempo!»

Y en efecto, el desocupado á quien se le ocurren estas reflexiones continúa su paseo, entregado á la agrí dulce emoción de recordar aquello mismo que vivió en plena juventud, muy olvidado seguramente de que, dos decenios más tarde, debiese de exhumar su memoria bañándola en piadosa elegía. Le parece volver á sus lejanos días de estudiante y resucita en su alma la visión de las construcciones á medio surgir, de las grandes arcos removidas, de los complicados andamiajes destacándose sobre el horizonte. Algo hay todavía superior al espectáculo de la obra terminada; existe una fruición más intensa, y es el momento de alta fiebre que la precedió. Desde el cerebro del proyectista al campo de la realidad, ¡qué de modificaciones, qué de trabajos, qué de dificultades y angustias! El viajero que asiste á uno de esos certámenes que dejan larga memoria en un país, y encuentra los edificios flamantes y perfilados, las terrazas cubiertas de mullida arena, los parterres cuajados de flores, las vías regadas, los gallardetes y banderas flameando al viento, las instalaciones acicaladas y pulcras, y desprendiéndose del conjunto el aroma astringente de las pinturas y estucos..., ese viajero, digo, no sospecha ni pudo gozar la emoción, épica en cierto modo, que preside á los grandes esfuerzos colectivos.

Me acuerdo ahora, como si fuese ayer, de la impaciente curiosidad con que acudía al Parque, una semana y otra, provisto de mi carnet de corresponsal más ó menos honorario de un periódico más ó menos ilusorio, para recorrer el recinto de la futura feria. Acababa de leer en el diario que recibía mi casa de huéspedes; acababa de oír, de sobremesa, en el comedor de la misma casa, y en el claustro de la Universidad, y en el café, y en los pasillos del teatro, que la Exposición no se haría, que todo era una tanfarronada de Rius y Taulet, que este hombre nefasto quería comprometer á Barcelona, arruinándola para siempre. Estas profecías y opiniones venían, como siempre, aderezadas en la consabida salsa de palabras y retenciones gordas: «negocio,» «tarugo,» «doña Balomera...» porque la injuria social no se había enriquecido todavía con el extenso vocabulario del Panamá francés.

Al pasar, en los quioscos, había advertido unas láminas llamativas, alguno de esos semanarios que se ven á todas horas y no se leen á ninguna, con la efigie del famoso alcalde ridiculizada de cien maneras: en forma de olla, en forma de cucúrbita, con sus grandes patillas rozagantes como rabo de cometa, atracándose en los banquetes, fumando un soberbio habano y dirigiéndose al pueblo, al eterno buen pueblo, impecable, generoso, infalible—al eterno buen pueblo en honor del cual no hay orgía de dicterios que la sátira y la caricatura no organicen,— para decirle, con insolencia de burgués: «Yo fumo y tú escupes...»

Bajo estas impresiones deprimentes, reiteradas hora tras hora y día tras día, penetraba en el recinto de la Exposición y me internaba en el laberinto de mástiles y jácenas, bajo la armadura inmensa que formaba el esqueleto, todavía desnudo, del palacio de la Industria. Aquí se abría una zanja, más lejos se apilaba un terraplén; lo que la semana anterior no era más que un bloque informe de ladrillos, tomaba en la siguiente el aspecto de zócalo pronto á sostener la columnata; lo que ayer era camino trillado por los vehículos de transporte, hallábase convertido en pavimento á la nueva visita.

Subían de nivel, lentamente, las escalinatas de la Sección marítima. Poco á poco iban alzando el lomo y recibiendo su cubierta las grandes construcciones destinadas á desaparecer antes de un año, á manera de cuadro fundente, ó á quedar como recuerdo perdurable de la fiesta improvisada. Aquí el *restaurant* del Parque, con su roja mole semifeudal; al otro lado el palacio de Bellas Artes, con su grandiosa sala abierta á no sé qué solemnidades futuras; en el fondo del paseo de San Juan, sirviendo de marco á una perspectiva inmensa, con todo el aire de las capitalidades ya consolidadas, el Arco de Triunfo, cuyos remates y trofeos incendiaba el sol de la tarde. En el paseo de Colón, la sorprendente magia improvisada del Gran Hotel Internacional; más lejos, en la plaza de la Paz, el basamento de la estatua del descubridor de América y el perenne círculo de curiosos que contemplaban el formidable andamiaje libre, empleado ahora en Madrid para el monumento de Alfonso XII.

Al dar la vuelta por todos estos sitios y núcleos de actividad, uno sentía el contagio de la esperanza, del optimismo y de la fe; y los mil rumores y zumbidos de aquel trabajo, el vibrar de los acarreos, el martillazo de los aparejadores, el chirriar de las po-

leas y el hormiguero de los peones al pie de la obra, se resumían en un himno á la paz y á la patria, en un canto de victoria.

De tales paseos tenía que deducirse por fuerza que la cosa marchaba... Y no obstante, la prensa, la opinión, el chismorreó, se encargaban de demostrarnos que no marchaba, que no se hacía nada, que todo aquello no era más que un juego para engañar á los bobos.

En la casa de huéspedes durante la cena, más tarde en el café, todo lo que el paseante había visto, todo aquello que tan vivamente le había interesado y entusiasmado, quedaba hecho polvo y reducido á la nada por el ambiente negativo y de incredulidad general con que tuvieron que luchar el proyecto y el proyectista. De las hostilidades de este ambiente se salvó á viento y marea la iniciativa de Rius y Taulet. Las escuadras de todos los pueblos del mundo, fundeadas en el puerto de Barcelona, saludaron aquella fecha memorable, aquella verdadera olimpiada del pueblo catalán. Fué un momento solemne que determinó el ingreso de nuestra ciudad en la categoría de las grandes urbes de Europa. Barcelona adquirió entonces la plena conciencia de sí misma, de su poder, de sus destinos, de sus altos deberes y de su tránsito desde la vida casera y provinciana á las funciones de una metrópoli, foco de irradiación espiritual, depositaria y creadora de un nuevo espíritu.

El recuerdo de la Exposición de 1888 ha cristalizado ya definitivamente. Doble encanto reúne para quienes, como yo, asociaron á su juventud personal la juventud de ese patriotismo, enlazándolas inseparablemente. Un juicio unánime de gratitud, de reconocimiento, de satisfacción colectiva, ha incorporado aquella fecha á los anales gloriosos del país. ¿Dónde están ahora los folicularios, los reventadores, los implacables de aquellos días? Aбраmos la olvidada colección de alguna de esas hojas semanales, cuyo mismo nombre se había borrado ya de nuestro recuerdo. Repasemos sus diatribas, sus dibujos, sus ineptias, sus insinuaciones villanas, todo el pus seco de esos periodiquines en supuración; aprendamos en el estigma de sus páginas envilecedoras á guardarnos contra la tentación de la «reventada;» aprendamos á sentir un anticipado remordimiento por las posibles injusticias de nuestra pluma.

Hace como veinte años que un insigne patriota se desvivía para presentar á su ciudad ante el mundo como se presenta á la hija adorada en el primer baile. Para esa obra tuvo que moverse dentro de un medio político desfavorable, dentro de una realidad imperfecta, como toda realidad. Tuvo que transigir á menudo con los accidentes y cerrar los ojos ante las impurezas para elevarlos á la altura del ideal que llenaba su mente. Sacrificó muchas horas al bien común hurtándolas al lucro personal. Murió pobre.

Y á pesar de todo, la pluma y el lápiz no dejaron un momento de paz á su vida ni le concedieron tregua ni cuartel. Para los que admiramos sobre todas las valentías la de saber abstraerse á los halagos de la falsa popularidad y arrostrar impasibles el embate de las pasiones injustamente desbordadas, el caso de este gran reformador debe servirnos de gran enseñanza. Triste escuela de civismo es la que acostumbra á ver que la difamación y el sarcasmo son los primeros frutos de todo esfuerzo patriótico, de toda iniciativa laudable, de toda consagración á la causa pública. ¡Cuántas intenciones puras, cuántas voluntades rectas, pero tímidas, no ha apartado de la acción y no ha sumido en estéril retraimiento el terror á los excesos de la publicidad! Así son ellos. No sirven de freno al cinic ni al vividor, pero amargan para siempre la existencia del justo y paralizan los nobles impulsos del timorato, lanzándole fuera de la vida militante con una verdadera selección al revés. ¿No es esta la pequeña «moralidad» que nos ofrece el recuerdo de la pasada Exposición de Barcelona y el anuncio de la futura?

Hay que ahogar y estrangular, como el peor de los enemigos de Cataluña, el espíritu negativo y la protesta por la protesta. Hay que cohibir también el verbalismo peligroso, que va tomando aquí una carta de naturaleza que antes no tenía. ¿No les parece á ustedes, señores, que empieza á ser hora de hablar menos de la ciudad futura y de discutir si sus cimientos serán de granito, de pórfido ó de ágata, y sus cúpulas de oro ó de diamante, y sus vías empedradas de rubíes ó amatistas, y ejecutar, en cambio, alguna cosa imperfecta, pero que quede, como testimonio de la última generación? Fuera caso peregrino que en los estantes de las bibliotecas catalanas tuviera que conservarse toda una literatura, toda una sección bibliográfica, tratando de una Exposición... que no se hizo.

Manos á la obra.

MIGUEL S. OLIVER.

LA CABRITA, CUENTO DE H. A. DOURLIAC (1). Dibujo de Mas y Fondevila



Cierto que tenía la tez sonrosada, los ojos azules y los cabellos rubios de las razas flamencas, pero tenía también su alma provenzal llena de luz y de calor, vibrante, canora, sentimental, risueña, impulsiva, tierna, alegre, con su poquito de melancolía y de malicia, de risa y de lágrimas y su carácter antojadizo de cabrita que se asusta al contacto de la mano que la acaricia y no se deja gobernar el corazón, cuyos caprichos hay que respetar y cuyos impulsos no pueden ser contrariados.

En aquel lindo rincón de Provenza respiraba á plenos pulmones, retozaba, saltaba por los caminos pedregosos, por los senderos escarpados, por las rocas resbaladizas, y las gentes tranquilas no podían seguirla y se mostraban azoradas de sus costumbres vagabundas.

—¿Dónde está Teresa?, repetían todos los ecos?

Y los que esto se preguntaban miraban al aire y siempre veían á la muchacha encaramada en alguna altura, porque las alturas eran su encanto y el monte Carmelo la atraía.

Tan temeraria como curiosa, quería pasar por todas partes: en las gargantas del Ollioules, había penetrado en la guarida de Gaspar de Besse, el émulo de Cartouche; en el islote de Bandol, había bailado unos compases de vals sobre el puente colgante; en el Bruse, había bajado, brincando por entre los peñascos, hasta el pozo; y cuando la visita del acorazado *Massena*, había excitado la admiración de un joven alférez de navío trepando como un gato por la estrecha escalera de una torre blindada para contemplar más de cerca un cañón de grueso calibre.

Era una intrépida y una independiente que despreciaba los senderos comunes y no pedía ayuda á nadie.

En el campo todo el mundo la conocía y los labradores enderezaban su cuerpo encorvado sobre la tierra para contestar á su saludo ú ofrecerle una flor cuando su gentil figura se recortaba en el azul del cielo, de pie sobre un muro de piedras secas. Los mismos mendigos vagabundos que frecuentaban las blancas carreteras, nunca tenían una mirada hostil para aquella linda muchacha que recorría confiada la campiña bajo los ardientes rayos del sol.

Y es que la *Cabríta*, que por este nombre era conocida, llevaba en sí misma el supremo encanto, la bondad: amaba con amor fraternal á los pobres, á los ancianos, á los que sufrían; gustaba de aliviar las miserias humanas, consolaba á los moribundos y su primer envío de flores había sido para una pobre modistilla tísica, cuyo triste zaquizamí había sido embalsamado por aquel recuerdo cariñoso venido de tan lejos.

Para todos aquellos humildes tenía la mano pródiga y la palabra dulce, reservando su lengua acerada, sus dichos mordaces para los jóvenes *snobs* que se exhibían en la playa, en los salones, en el *golf*, en el *tennis* pavoneándose con petulancia. ¡Qué fastidiosos eran!

En cuanto uno de ellos, dignando percatarse de que era bonita, intentaba la más pequeña galantería, recibíalo de tal modo que no le quedaban ganas de repetir la suerte. Así es que gozaba de fama de adusta

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



Tan temeraria como curiosa, quería pasar por todas partes

entre la gente masculina, cuya fatuidad se indigna de ver mal acogidas sus insinuaciones; pero á ella todo esto le importaba poco, pues no sentía por aquellos hombres más simpatías que por las bellas mujeres de la alta sociedad con sus charlas frívolas, sus murmuraciones y sus estudiadas coqueterías que su carácter recto y aun algo salvaje rechazaba.

—¿Cuándo entras en el convento?, preguntábanle irónicamente las buenas amigas.

A lo que ella no contestaba, limitándose á encogerse de hombros y á pensar para sus adentros que al fin y al cabo más valía el convento que un matrimonio como tantos veía á su alrededor.

—¡Sueña con un mirlo blanco!, decían los pretendientes rechazados y llenos de despecho, de cuyas declaraciones hacía ella tanto caso como de sus personas, ya que prefería la conversación de los hombres de la generación anterior, únicos que, en su concepto, tenían talento, ingenio y corazón..., opinión halagadora para su padre que la aceptaba de muy buen grado.

Y así pasaba, indiferente y burlona, por entre los complicados flirteos del Palacio Azul.

\*\*\*

Piedras, zarzas, escombros, he aquí lo único que queda de aquella mansión feudal en donde quizás residió la hermosa Diana de Chateaud-Morand, tan amada de los hermanos Ursé y que no amó más que á sus perros.

Una carita sonrosada, acalorada, risueña, surge de entre la maleza y logra empinarse sobre las ruinas, en donde el autor de *Astea* no habría evocado jamás á una pastorcita semejante con su traje sastre y su abrigo sobre el brazo.

La joven contempla largo rato el admirable panorama: á un lado, las colinas abruptas, de tonos encarnados, sin hierba y sin bosques que recientes incendios han destruído, con algunos grupos de pinos de color verde obscuro, unos cuantos olivos grises, bancales de jardines, campos de narcisos y setos de rosales, todo ello dominado por Saint Cyr de la Ca

diere que se alza allá entre las nubes cercado por blancos muros como población sarracena. Al otro, el golfo, la península y el islote de Baudol, que se extiende sobre las azuladas aguas con sus *villas* escalonadas, medio oculatas entre guirnalda de geranios, de mimosas, de frutas doradas y de manzanilla; la costa recortada y la blancuzca carretera; un rebaño en medio de las rocas guardado por un pastor envuelto en su agujereado capote y arrimado á un pino; la ensenada de Renecrós con su pequeña playa abrigada; en el horizonte un barco de vela inmóvil; algunas barcas ligeras deslizándose hacia el puerto, en donde las gigantes palmeras hacen pensar en las tierras africanas, y allá lejos, maniobrando en alta mar, varios torpederos cuyas espaldas de acero brillan al ras del agua como las de unos cetáceos.

El espectáculo es tan hermoso, que la joven olvida la hora, la distancia, el sitio en que se halla y las piedras que sus piecitos hacen rodar... Al fin vuelve á la realidad y consulta su reloj; la hora del almuerzo habrá pasado. ¡Bah! ¡Tomando el camino recto al través de los campos!.. Valientemente salta de su observatorio y se hunde hasta el cuello entre espesos

matorrales de los que en vano pretende salir. Lucha, se fatiga, casi acaba las fuerzas; pero zarzas y lianas, á modo de manos meléficas y solapadas, le desgarran el velo, el sombrero, la falda y le sujetan las piernas y los brazos impidiéndole avanzar y retroceder. ¡Y á todo esto el tiempo pasa!.. La *Cabríta* se encoloriza, se pone nerviosa, ríe, llora; ha perdido su abrigo, sus ropas están destrozadas y su cuerpo lleno de rasguños... ¡No importa! Es preciso á todo trance volver á la *villa*, en donde su padre debe ya sentirse inquieto... Con inauditos esfuerzos logra llegar hasta un muro ruinoso al cual trata de empinarse; pero una gruesa piedra se desprende, roza sus hombros y cae sobre su falda... ¡Imposible apartarla! ¿Tendrá que dejar allí su vestido y volver á casa en enaguas entre las chacotas de cuantos la vean?.. De pronto, no lejos de ella, una voz sonora canta una canción provenzal.

La *Cabríta*, al oírlo, recobra la esperanza y con todas sus fuerzas grita:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Calla la voz, y al poco rato asoma por encima del muro una cara morena.

—¡Caramba! ¡Apurada se ve usted!

—Un poco. ¿Quiere usted ayudarme?

—Con mucho gusto.

El recién llegado no es un viejo pastor, como la joven hubiese querido, sino un joven labriego de buen aspecto, que saltando con ligereza ábrese paso con robusto brazo por entre los matorrales.

—¿Está usted herida?, pregunta.

—No, pero no puedo moverme; estoy sujeta por la falda.

—Esto no es nada, tire usted.

Diciendo esto, levanta un poco la piedra y la prisionera se ve libre.

—¡Uf! ¡Era esto peor que las zarzas! Gracias, amigo mío.

—Para servir á usted.

Es la cortés respuesta de la comarca.

Y uniendo el gesto á la palabra, el labriego echa á andar delante de la joven, apartando las ramas para que no rocen su fino rostro y ayudándola á escalar los escombros.

—Esos malditos guijarros deben hacerle á usted daño.

—¡Bah! En la guerra como en la guerra, y las muchachas de la aldea corren descalzas por encima de ellos.

—Pero no tienen la piel tan fina.

Aquel cumplido la molestaría en boca de otro, pero dicho por un campesino no tiene importancia.

—Decidamente las gentes de aquí son muy amables.

—¿Qué tiene de particular que lo sean con las personas que lo merecen?

Al decir esto exagera un poco el acento comarcano.

—¿Es usted de Bando?

—De algo más lejos, pero actualmente trabajo aquí.

—¿En los jardines?

—Sí, en los jardines.

—Si no nos fuésemos mañana le daría á usted mi clientela, pero hoy he mandado el último cesto.

—Otra vez será. ¿Es usted de París?

—Sí.

—Es hermoso aquello.

—No tanto como Provenza; es negro, triste.

—Lo mismo me dice mi tía, que que rría retenerme aquí.

—Y dice bien; en París las cigarras enmudecerían, perderían su alegría y su salud. Mire usted, tengo allí una pobre enfermita, nacida bajo este cielo azul, en medio de este sol, que se ha quemado las alas en la luz eléctrica y se muere tísica, y las flores más bellas no valen lo que un rayo dorado para alegrar su buhardilla.

—¿Se interesa usted por los pobres, señorita?

—Son para mí los seres más interesantes.

—Gracias; siendo así, ¿no me aconsejaría usted que abandonase Bando?

—De ningún modo; tiene usted un bonito oficio y ¿gana usted buenos jornales?

—No son malos.

—En París, ¡la vida es tan difícil!

Y sencillamente, delante de aquel hombre sencillo que atentamente la escucha, aparta de sus ojos el espejismo falaz de la vida parisiense y le muestra las miserias, las tristezas, los duelos, cuyo doloroso reflejo conserva en sus húmedas pupilas, sin pensar que pone al descubierto su corazón amante, compasivo y tierno; su alma exquisita. Nunca se ha expansionado así con los jóvenes de su sociedad.

El la contempla asombrado, y una fugaz emoción borra la sonrisa de sus labios; y cuando ella le pregunta:

—¿Le he convencido?

El contesta con acento grave:

—Sí, señorita, me ha convencido usted.

En esto han llegado á un camino hondo que conduce á la aldea; allí es fuerza separarse.

—Fáltame ahora sólo darle las gracias, señor...

—Mario, para servir á usted.

La joven vacila en ofrecerle una recompensa..., y sin embargo, el muchacho...

Tímidamente saca de su bolsa una moneda.

—¿Me permite usted?..

Para comprar algo para su tía.

El acepta sin protestar, pero en sus ojos brilla cierta expresión de alegría.

—Hasta la vista, señor Mario.

—Hasta más ver, señorita...

—*Cabríta.*

Risueña y ligera aléjase rápidamente y desaparece en un recodo del camino.

El joven quédase inmóvil en el mismo sitio, siguiéndola con la mirada, y cuando ya no la ve, contempla la moneda. Para un viejo mendigo... y va á dársela, pero luego cambia de parecer y le entrega



Fragmento de «El sermón de la montaña.» de E. de Gebardt

otra que se saca del bolsillo mientras aprieta fuertemente entre sus dedos la de la *Cabríta.*

No se olvidará, no, tan fácilmente de la gentil parisiense.

En cuanto á ésta, sólo conserva un mal recuerdo de la aventura, el de su abrigo extraviado; pero al día siguiente se lo envían con un ramo de jacintos en el ojal.

#### VALENCIA. — RECOLECCIÓN DE LA NARANJA

Una de las principales riquezas de la región valenciana es la naranja, que es también una de las más preciadas bellezas de aquella tierra privilegiada. Inmensas extensiones están plantadas del árbol nunca despojado del bello follaje verde obscuro al que el labrador prodiga sus cuidados, seguro de que sus trabajos y sus solicitudes han de verse recompensados con creces con los productos que aquél le dará en su día.

El espectáculo que ofrecen los naranjales de la campiña valenciana es por demás hermoso. Siempre cubierto de hojas, cuando se anuncia la primavera llénase el naranjo de lindas florecillas, cuyo penetrante y delicioso aroma embalsama el ambiente y que convertidas más tarde en dorados frutos, hacen del árbol uno de los más soberbios ejemplares de la flora universal.

El cultivo del naranjo exige esmeradas labores, y en la recolección de la naranja se emplea una población numerosa de obreros agrícolas de ambos sexos, confiándose generalmente á las muchachas la primera selección, la de las naranjas más escogidas de cada árbol.

Para comprender la riqueza de esta producción, bastará decir que el naranjo debidamente cultivado puede dar por término medio 3 000 frutos, y algunos han llegado á rendir 7.000, 10.000 y hasta en casos excepcionales 38.000. Comarcas hay, empero, en donde el rendimiento medio no pasa de 400 á 500. Estas diferencias son debidas, como se comprenderá, de una parte á la naturaleza del suelo, al clima y á la exposición, y de otra á la variedad del árbol y al procedimiento de cultivo.

Una buena parte de la naranja recolectada en Valencia se destina á la exportación; y aunque ésta ha disminuído considerablemente de algunos años á esta parte en lo que se refiere á Francia y á los Estados Unidos, que antes consumían gran cantidad, á causa del desarrollo que la producción de esta fruta ha adquirido en Argelia y en la Florida, Alemania é Inglaterra son todavía grandes mercados en donde se estima y se paga á elevados precios la exquisita naranja valenciana.

Las naranjas destinadas á la exportación son cuidadosamente escogidas en los almacenes en donde se ha depositado toda la cosecha cogida á granel, y envueltas una á una en papel de seda. Después se colocan en cajas, que se embarcan para otros países. Y esa fruta que aquí es corriente y vulgar y que se halla al alcance de las clases más humildes, en algunas ciudades extranjeras constituye el regalo de las gentes acomodadas y sirve de ornamento á las más aristocráticas mesas.

El predicamento de que goza la naranja no puede ser más merecido, ya que por su dulzura, por su aroma exquisito, por su frescura deleitosa, es digna de figurar entre las frutas mejores.

La lámina que en la siguiente página publicamos representa algunas escenas de la recolección de la naranja en Valencia, tomadas fotográficamente. Las fotografías tienen un sello tan artís-

tico, que resultan verdaderos cuadros; á ello contribuye en principal parte la índole de los temas escogidos, pero contribuyen también y no poco el buen gusto y la habilidad del reputado fotógrafo valenciano Sr. Barberá y Masip, que tan bien ha sabido elegir los asuntos y reproducirlos de un modo tan perfecto.—C.

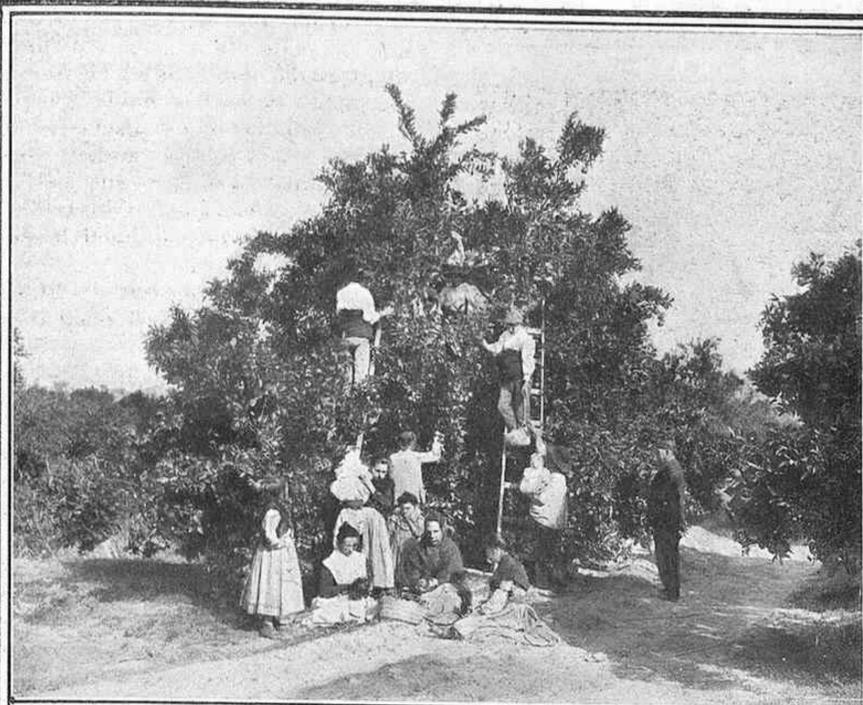


La maja, pastel de Cecilio Pla

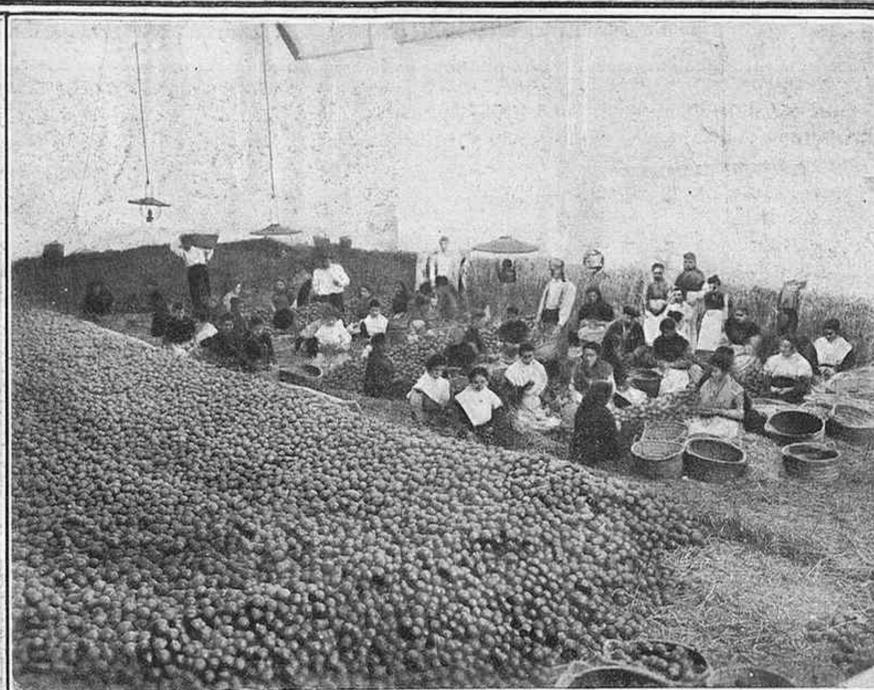
#### EPÍLOGO

Anúnciase la próxima boda de la señorita D.<sup>a</sup> Teresa Gardanne con el pintor de flores Mario Sanary, que en el último Salón ha obtenido una medalla por su primer cuadro de género que se titula *Entre zarzas.*

# LA RECOLECCIÓN DE LA NARANJA EN VALENCIA



*Recogiendo la naranja á granel.*



*Selección de las naranjas en el almacén.*



*Muchachas recogiendo las mejores naranjas de cada árbol (florete).*



*Embalaje de la naranja destinada á la exportación.*



*Cargando las cajas de naranjas en las barcas que las conducen al vapor.*

(De fotografías de J. Barberá Masip.)

## LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Moros de Nador sometiéndose á nuestras tropas

Reanudando el relato en el punto en que lo dejamos en el número 1.455, diremos algo de los últimos sucesos de la campaña que felizmente puede darse ya por terminada.

Después de las negociaciones seguidas con los emisarios del sultán, entabláronse otras con los representantes de algunas de las principales cabilas, quienes celebraron en Melilla algunas conferencias con el general Marina. La más importante de esas entrevistas fué la del 22 de noviembre, á la que asistió el prestigioso caíd de Benisicar Abd el Kader; en ella no pudo llegarse á una solución definitiva porque el general Marina, mortificado por no haber acudido los jefes de todas las cabilas, no quiso indicar á los que habían comparecido las condiciones en que España les concedería la paz, y les concedió un plazo improrrogable de tres días para que se presentaran á negociar.

Terminado el plazo, los comisionados no se presentaron; pero esto no fué óbice para que se sometieran posteriormente varias cabilas.

El día 22 hicieron acto de sumisión al general Carbó los moros de Nador, quienes entregaron sus armas y sacrificaron un toro. El general dirigióles una alocución aceptando su sumisión y ofreciéndoles el amparo de España, y un moro anciano, visiblemente emocionado, le contestó: «Desde ahora queremos siempre estar bajo la protección de España y prometemos ser fieles guardadores de la paz que deseamos.»

El día 26 efectuóse una operación de gran importancia, en la que tomaron parte 17.000 hombres, distribuidos en tres divisiones, mandadas por los generales Tovar, Muñoz Cobo y Huerta. Comenzado

y que no ocasionaron baja alguna en nuestras tropas.

El collado de Atlaten, hoy ocupado por nuestros soldados, domina la costa occidental de Tres Forcas y el valle del Kert, que es el paso obligado del camino de Melilla al Riff occidental, y su posesión asegura, con las otras posiciones anteriormente conquistadas, el dominio completo del Gurugú.

Aunque realizada sin resistencia, la operación fué admirablemente combinada por el general Marina y ejecutada con la mayor precisión por las fuerzas que

general Marina, que ha demostrado en ella dotes militares que le ponen al lado de los más sabios estratégicos. Preocupado no sólo de vencer, sino de vencer ahorrando el mayor número posible de vidas y asegurando de una manera definitiva los resultados de las victorias parciales hasta lograr el triunfo definitivo, ha sabido concebir y combinar con talento indiscutible y admirado de propios y extraños cada una de las operaciones, llevarlas á cabo en el momento oportuno, substrayéndose muchas veces á presiones que pudieran haberle hecho incurrir en precipitaciones sensibles, y sacrificando todo cuanto contribuyera al brillo de su gloria personal en aras de su deseo y de su firme propósito de evitar derramamientos de sangre que no fueran absolutamente indispensables.

El general Marina ha merecido bien de la patria y su nombre figurará entre los de nuestros grandes caudillos y de los más eminentes patriotas.

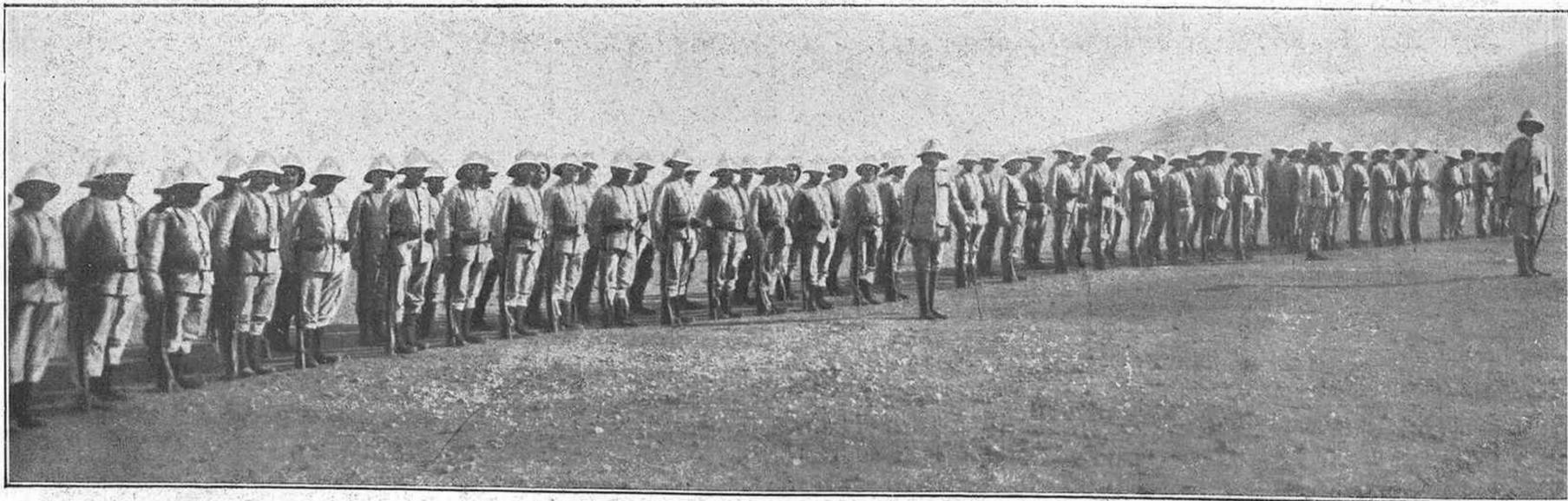
Terminadas las operaciones militares, han comen-



Ocupación de casas moras en el collado de Atlaten, última posición tomada por nuestros soldados

zado con gran actividad la fortificación provisional de las posiciones conquistadas y la construcción de caminos que han de facilitar las comunicaciones.

Para acordar el plan de las fortificaciones definitivas ha comenzado sus estudios la junta de defensa de Melilla, á la cual se han agregado varios jefes de estado mayor, infantería y artillería que se hallaban en la península y que han salido para aquella plaza, á la que han llegado asimismo varias compañías de ingenieros para realizar los trabajos necesarios.



Revista de tropas en Benisicar después de las últimas operaciones

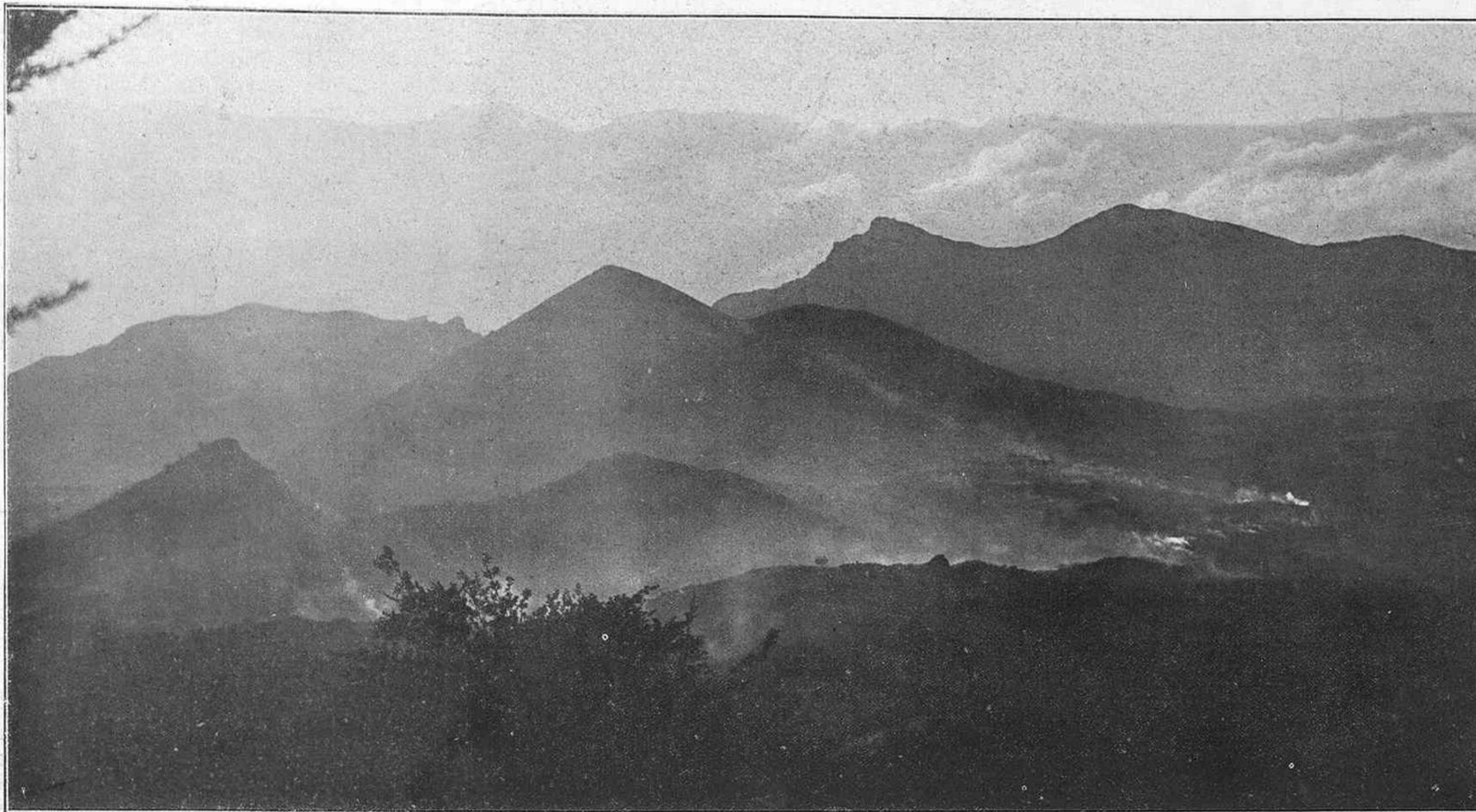
el movimiento en las primeras horas de la mañana, á las doce la caballería coronaba la meseta de Atlaten, que era el objeto de la operación, sin otra novedad que algunos disparos sueltos que hicieron los moros rebeldes contra las parejas de exploración

en ella intervinieron; y como consecuencia de la misma, han sido tan numerosas las presentaciones y actos de sumisión de cabilas rebeldes, que puede darse por enteramente terminada la campaña.

Esta constituirá un timbre de gloria para el ilustre

No terminaremos estas notas sin expresar el excelente efecto que ha producido el licenciamiento de los reservistas que formaban parte del ejército de operaciones y que en varias expediciones han ido regresando á sus hogares.—R.

## ISLA DE TENERIFE.—ERUPCIÓN VOLCÁNICA DEL TEIDE



Corriente de lava incandescente que avanza hacia el valle de Santiago

La isla de Tenerife se ha visto recientemente asolada en parte por una terrible erupción del volcán de Teide.

Inicióse el fenómeno el día 17 de noviembre último con pequeños terremotos y ruidos subterráneos, y al día siguiente tres bocas antiguas del volcán comenzaron á vomitar, entre violentas detonaciones, grandes cantidades de lava y espesas columnas de humo que en algunos momentos alcanzaron una altura hasta de 700 metros. El 21 abrióse un nuevo cráter mayor que los anteriores, que arrojó inmensidad de materias volcánicas.

La corriente de lava formó dos brazos principales que llegaron á tener 250 metros de anchura por 10 de altura y que avanzaron con velocidad varia, según las condiciones del te-

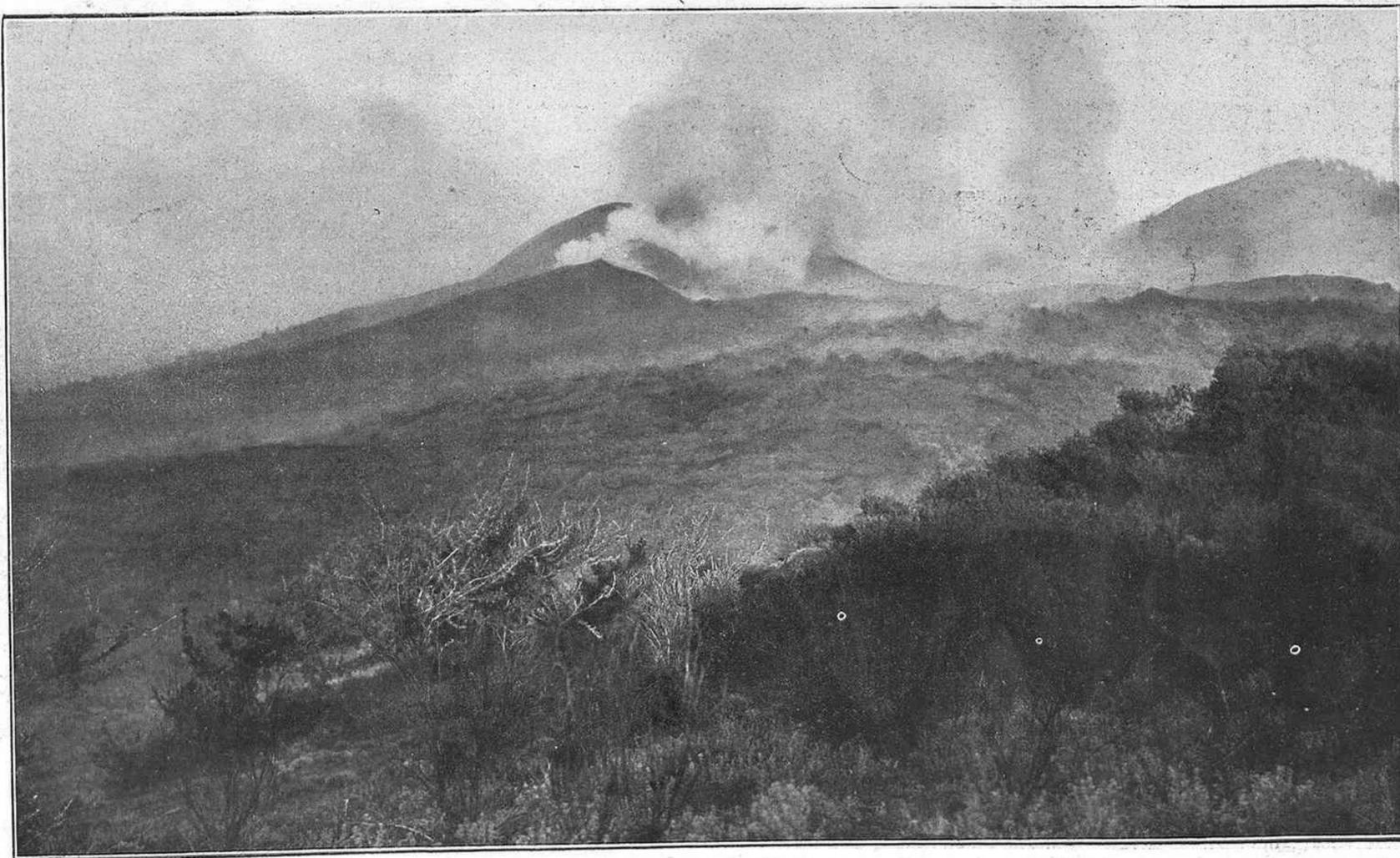
rreno que iban invadiendo. Momentos hubo en que se creyó segura y próxima la destrucción de algunas poblaciones, especialmente Gufa, Santiago y Tamaino, que fueron las más amenazadas y cuyos habitantes hubieron de abandonarlas ante la inminencia del peligro.

Afortunadamente, antes de que la corriente llegara á los pueblos mencionados, la erupción fué perdiendo su intensidad, hasta cesar enteramente el día 28, en que se restableció la normalidad.

La erupción, que ha sido una de las mayores que se recuerdan, ha causado inmensos daños materiales en las tierras de cultivo invadidas por la lava; pero, por fortuna, no ha ocurrido ninguna desgracia personal.

Desde los primeros momentos las autoridades adoptaron acertadas medidas para aminorar las consecuencias de la catástrofe y socorrer á los pueblos y caseños amenazados, enviando á los sitios de mayor peligro fuerzas del ejército y de la guardia civil y las brigadas de la Cruz Roja, que se portaron heroicamente, proporcionando alojamiento á los campesinos que tuvieron que abandonar sus viviendas y, en una palabra, prestando todos los auxilios que la magnitud del desastre exigía.

Multitud de turistas organizaron expediciones por mar para ver el grandioso espectáculo de la erupción, y numerosas comisiones científicas españolas y extranjeras han ido á estudiar los fenómenos y los efectos de la misma.



Nuevo cráter abierto en el Teide en la reciente erupción  
(De fotografías de Maximiliano Lohr, de Santa Cruz de Tenerife.)



TARDE DE FIESTA, cuadro de J. Agrassot



EL IMAGINERO, cuadro de V. Caprile

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



FRAGMENTO DEL CUADRO «PESCADORAS BRETONAS» de Manuel Benedito

Benedito es, sin duda alguna, uno de los más notables pintores españoles de nuestros días. Artista concienzudo, trata los asuntos con verdadero cariño, poniendo en ellos todo su talento, que no es poco, y todas sus aptitudes técnicas que son muchas y muy valiosas. Sus figuras viven, están arrancadas de la realidad, no son hijas de la imaginación ni copias de modelos más ó menos apropiados al tema. Díganlo, si no, las que la adjunta le mira reproduce y que forman el fragmento principal del notable cuadro *Las pescadoras bretonas*; premiado con primera medalla en una de las últimas Exposiciones universales de Bellas Artes de Madrid



Barcelona.— Llegada de los reservistas procedentes de Melilla, desembarcados en este puerto el día 8 de los corrientes (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS

LLEGADA DE LOS RESERVISTAS DE MELILLA

El aspecto que ofrecía en la mañana del día 8 el muelle de Baleares era tan animado como conmovedor; se esperaba la llegada de los primeros reservistas procedentes del ejército de Melilla, y á recibirlos acudió una numerosa multitud, formada por las familias de los expedicionarios y por no pocos curiosos, que desde las primeras horas de la madrugada esperaban, impacientes las unas por abrazar á sus deudos, los otros por saludar á los que en Africa han peleado valientemente por la patria.

A las siete entró en el puerto el transatlántico *Cataluña*, que conducía 905 repatriados, anclando en el citado muelle; inmediatamente el gobernador militar interino Sr. Rodríguez y Sánchez de Espinosa y su ayudante Sr. Rufilancha subieron

so, acompañados de sus familias, y siendo vitoreados con entusiasmo por una gran muchedumbre en todas las calles del trayecto. En la Rambla de San José, las numerosas floristas que allí tienen sus puestos arrojaron flores á su paso.

Análogo espectáculo ofreció por la tarde la llegada del vapor *Villaverde*, que atracó junto al *Cataluña* y del cual desembarcaron 386 reservistas.

La mayoría de los que en ambas expediciones han regresado á la península son catalanes y formaban parte de la primera división que salió de este puerto en la segunda quincena del pasado julio. Todos ellos, excepto uno, han venido en perfecto estado de salud.

Una tercera expedición habrá llegado seguramente cuando estas líneas se publiquen.

Sean todos bienvenidos y añadan á las aclamaciones con que Barcelona les ha recibido la más sentida enhorabuena por su feliz regreso y el aplauso más entusiasta por su heroico com-

móvil que conducía al Jurado, al fiello de «Coll Blanch» punto designado para la salida oficial. Una vez se hubo dado la salida, el Jurado se trasladó al pueblo de Sarriá, situándose junto al puente de Doña Elisenda de Moncada, término de la carrera.

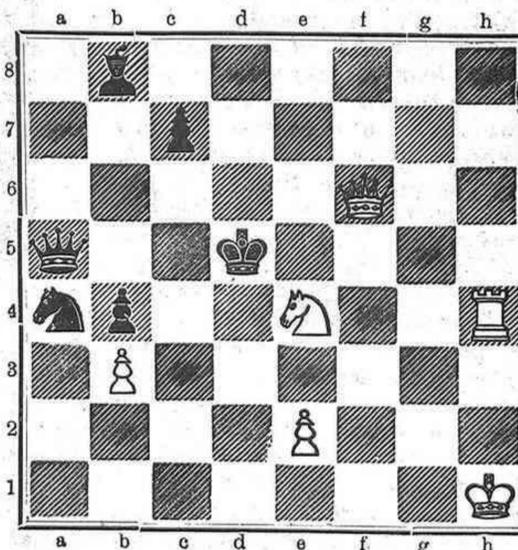
El primero en presentarse ante el Jurado fué el Sr. Magdalena, quien hizo el recorrido de 50 kilómetros en una hora y 48 minutos, quedando, por lo tanto, proclamado campeón de *amateurs* y poseedor de la Copa Ciudad de Viena y de la medalla de *vermeil* otorgada por la Unión Velocipédica Española.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 534, POR V. MARÍN

1.º premio del Concurso del «British Chess Magazine» 1907.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

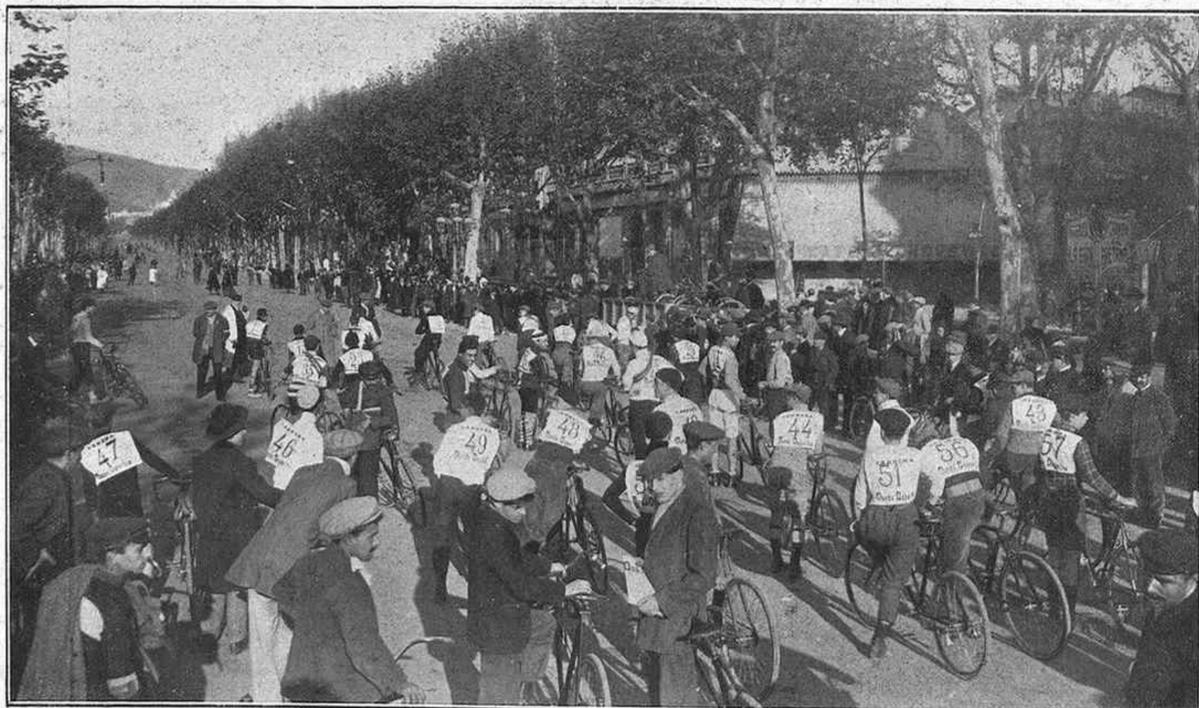
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 533, POR V. MARÍN

- |                 |            |
|-----------------|------------|
| Blancas.        | Negras.    |
| 1. A d4-b6      | 1. c7xb6   |
| 2. e5xd6        | 2. P juega |
| 3. d6-d7        | 3. P juega |
| 4. d7-d8 (C)    | 4. P juega |
| 5. Cd8-f7 mate. |            |

VARIANTES.

- |                 |                    |                       |
|-----------------|--------------------|-----------------------|
| 1... h6-h5      | 2. Ab6-c3, g6-g5   | 3. Ae3xg5, cualquiera |
| 1... Otra jug.ª | 2. Ab6xc7, P juega | 4. Ag5-h6, etc.       |
|                 |                    | 3. Ac7-d6, P juega    |
|                 |                    | 4. Ad6-f8, etc.       |



Barcelona.—Carreras ciclistas del campeonato de «amateurs» organizadas por «El Mundo Deportivo.» Salida de los corredores del Paseo de Gracia. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

á bordo para dirigir el desembarco, que comenzó á las ocho, pasando los soldados á los cobertizos de la Compañía Transatlántica, en donde se les sirvió un rancho extraordinario y se les obsequió con cajetillas, donadas por dicha compañía, y con una cantidad en metálico acordada por el Ayuntamiento.

A presenciar el desembarco acudieron, además del gobernador militar, el gobernador civil, el alcalde, representantes de la Diputación, de la Cámara de Comercio, del Fomento del Trabajo Nacional, gran número de jefes y oficiales y otras distinguidas personalidades.

A eso de las once y al toque de llamada se reunieron los reservistas, y precedidos de algunas músicas militares se dirigieron á los cuarteles de Santa Madrona, Jaime I y Buensu-

portamiento en tierra africana que les dirigimos desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

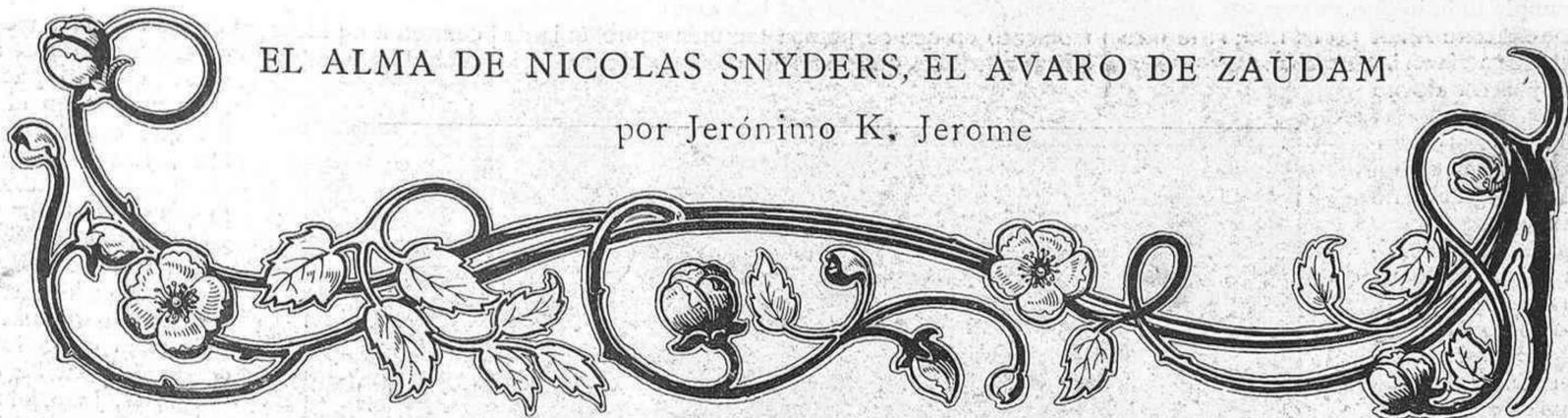
CARRERAS CICLISTAS. CAMPEONATO DE «AMATEURS»

En la mañana del domingo, 5 de los corrientes, efectuáronse las carreras ciclistas organizadas por el periódico *El Mundo Deportivo* y en las que se concedía por vez primera en España el título de campeón á los *amateurs*, es decir, á los aficionados.

A las nueve y media próximamente se reunieron en el Paseo de Gracia los 52 corredores que se presentaron, de los 64 que había inscritos, dirigiéndose todos ellos, precedidos del auto-

## EL ALMA DE NICOLAS SNYDERS, EL AVARO DE ZAUDAM

por Jerónimo K. Jerome



Vivía en otro tiempo en Zaudam, que está próximo al Zuider Zee, un hombre muy malo, llamado Nicolás Snyders. Era mezquino, duro y cruel, amaba una cosa sola en este mundo: el oro, y no por el oro mismo. Amaba la posibilidad que le daba de oprimir y tiranizar, de hacer daño á medida de su deseo. De cómo que no tenía alma; pero los que tal afirmaban estaban muy equivocados. Todos los hombres la tienen, ó para hablar con más exactitud, á ella están sometidos; la de Nicolás Snyders era mala.

Vivía en el antiguo molino que aún subsiste en el muelle, sin tener más que á la pequeña Cristina para que le cuidara y arreglara la casa. Era Cristina una huérfana cuyos padres habían muerto dejando muchas deudas. Nicolás, granjeándose el eterno agradecimiento de la muchacha, había dejado en buen lugar la memoria de aquéllos á costa de unos cuantos centenares de florines, á condición de que la joven le sirviera gratuitamente. A ella estaba reducida toda su servidumbre, y únicamente cruzaba el umbral de su puerta, para visitarle de buena voluntad, una sola persona: la viuda Toelast, rica y casi tan avara como él.

—¿Por qué no habíamos de carsanos?, dijo éste una vez á la viuda con voz que parecía un graznido. Seríamos ambos los dueños de Zaudam.

La señora Toelast contestó con una carcajada semejante á un cacareo; pero Nicolás lo tomaba todo con calma.

Una tarde estaba solo Nicolás Snyders, sentado á su mesa de escribir, en el centro de la gran habitación semicircular que ocupaba la mitad del piso bajo del molino y que le servía de escritorio, cuando llamaron á la puerta de la calle.

—Entrad, exclamó Nicolás en tono amable, cosa en él inusitada.

Estaba seguro de que el que llamaba era Juan, Juan Van der Vcost, el joven marino patrón ya de un barco de su misma propiedad, que venía á pedirle la mano de la pequeña Cristina. Por adelantado gozábale Nicolás Snyders con la idea de desvanecer por completo las ilusiones de Juan; de oírle primero rogar y después enfurecerse; de contemplar cómo se iría la lividez apoderando de su hermoso rostro á medida que él fuera, punto por punto, especificando todas las consecuencias que tendría el menospreciar su voluntad; primeramente echaría de su casa á su anciana madre, luego meterían en la cárcel á su padre por deudas, después perseguiría implacablemente al mismo Juan y le arrebataría el barco, sin que nadie pudiera estorbarlo. Esta entrevista le iba á regocijar el alma. Desde que Juan había regresado al puerto, el día antes, no hacía más que pensar en ello. Por eso, con la seguridad de que era él, había exclamado muy contento: «Entrad.»

Pero no era Juan. Era otra persona á la que jamás había visto Nicolás Snyders, ni tampoco la volvió á ver después de aquella visita. El día declinaba, y como no era Nicolás hombre que encendiera las velas antes de que fuera indispensable, nunca pudo después describir con precisión el aspecto del extraño visitante. A Nicolás le pareció que era un anciano, pero ágil en todos sus movimientos; lo único que pudo ver con claridad fueron los ojos, que eran muy vivos y penetrantes.

—¿Quién sois?, preguntó sin tratar de disimular el malhumor que le embargaba al ver aplazados sus deseos.

—Un buhonero, respondió el desconocido.

Su voz era clara, no dejaba de ser armoniosa y en ella se traslucía algo de socarronería.

—Nada necesito, contestó secamente Nicolás. Cierre usted la puerta y tenga cuidado con el escalón.

Peró en lugar de hacerlo así, el forastero cogió una silla y se acercó más; permaneciendo á la sombra

mentos le pareció la charla de un loco vagabundo. Pero algo había en él que le obligó á escucharle.

—Aquí traigo lo necesario, continuó diciendo el extraño buhonero, y por lo que respecta al precio..., é hizo un gesto como desdenando toda idea de lucro. Busco mi recompensa en el placer de observar los resultados de mi experimento. Tengo algo de filósofo y tomo gran interés en estas cosas. Mira.

Y diciendo esto el forastero metió la mano dentro del saco, que había colocado entre las piernas, y sacó un frasco de plata primorosamente labrada y lo colocó sobre la mesa.

—El sabor no es desagradable, dijo; un poco amargo, pero no hay necesidad de beber una gran cantidad; basta con una copita llena, como la que uno se bebería de un tokay añejo, teniendo los dos que beben el pensamiento fijo en este mismo deseo: «Que mi alma pase á su cuerpo; que la suya venga al mío.» La operación es muy sencilla; el secreto está en el licor.

El desconocido comenzó á pasar la mano por el frasco, como si fuera el lomo de un perrito faldero.

—Tú dirás, añadió, ¿quién va á querer cambiar su alma por la de Nicolás Snyders?

Parecía que el desconocido traía preparada contestación para todas las objeciones.

—Amigo mío, eres rico, no tengas cuidado. El alma es, de todo lo que tienen, lo que menos aprecian los hombres. Elige la que te convenga y cierra el trato. Eso lo dejo á tu voluntad; pero antes te daré un consejo solamente: encontrarás á los jóvenes más dispuestos á cambiarla que los viejos, pues á aquéllos el mundo les proporciona todo lo que desean por dinero. Elige para ti, Nicolás Snyders, un alma joven, delicada, fresca y bella, y elégela pronto. Ya, amigo mío, tienes muchas canas. Prueba antes de morir los goces de la vida.

El extraño buhonero se puso en pie, se echó á reír y cerró la maleta. Nicolás Snyders ni habló ni se movió hasta que recobró el sentido al oír el ruido amortiguado de la maciza puerta al cerrarse. Entonces, cogiendo el frasco que el desconocido había dejado, de un salto se puso en pie con intención de arrojarlo á la calle. Pero el reflejo del fuego del hogar en su bruñida superficie detuvo su mano.

—Después de todo, esto tiene su valor, murmuró riéndose Nicolás.

Y colocando el frasco á un lado, encendió dos altos cirios y volvió á ensimismarse en la lectura de su libro de cuentas encuadrado en tafete verde. Pero de vez en cuando los ojos de Snyders buscaban el frasco de plata, medio escondido entre montones de papeles cubiertos de polvo.

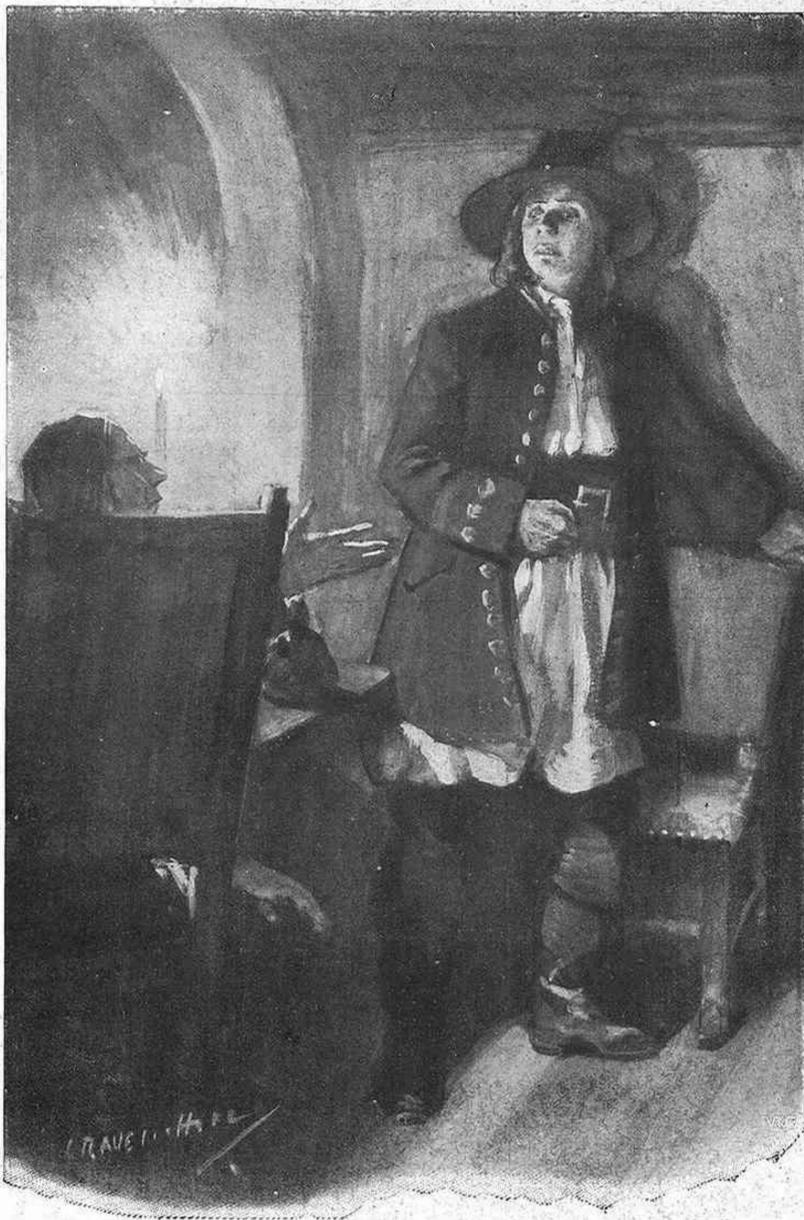
Poco después volvieron á llamar á la puerta y esta vez fué Juan en persona el que entró.

Alargó éste su ancha mano por encima de la mesa, llena de libros y papeles.

—Nos despedimos la última vez incomodados uno con otro, Nicolás Snyders. La culpa fué mía, usted tenía razón, y ahora le ruego que me perdone. Era pobre; era un egoísmo de mi parte querer que esa joven compartiera mi pobreza; pero ya no lo soy.

—Siéntate, respondió cariñosamente Nicolás; ya lo he sabido. Conque ahora eres patrón y dueño de un barco, que es tuyo enteramente.

—Mío cuando haya hecho otro viaje, dijo Juan. Así me lo ha prometido el burgomaestre Allart.



Érase en pie Juan con el rostro encendido de cólera

miró con fijeza el rostro de Nicolás Snyders y soltó una carcajada.

—¿Estás seguro, Nicolás? ¿Estás completamente seguro de que nada necesitas?

—Nada quiero, gruñó Snyders, sino verte las espaldas.

El forastero se inclinó, y con una mano larga y flaca le tocó familiarmente la rodilla.

—¿No quisieras tener alma, Nicolás Snyders?, le preguntó. Piénsalo bien, siguió diciendo aquel extraño buhonero antes de que Nicolás pudiera contestar. Durante cincuenta años te has deleitado en ser cruel y mezquino. ¿No estás de ello ya cansado, Nicolás Snyders? ¿No te agrada cambiar? Reflexiónalo; piensa en la alegría de verse amado, de oír bendiciones en vez de denuosos. ¿No te parece que ese cambio te había de agradar? Si luego no te gusta, puedes volver á ser el de antes.

Lo que nunca pudo Nicolás Snyders comprender cuando más tarde recordaba los pormenores de aquella conferencia, fué cómo escuchó con paciencia la conversación del forastero, porque en aquellos mo-

—No se cumple todo lo que se promete, dijo Nicolás. El burgomaestre Allart no es rico; si le ofreciesen más tal vez caería en la tentación. Otro pudiera adelantarse y sería dueño del barco.

—¡Bah!, repuso Juan echándose a reír; esto lo haría un enemigo, y a Dios gracias no creo tener ninguno.

—Dichoso mozo, dijo Nicolás; pocos dejamos de tenerlos. Y tus padres, Juan, ¿vivirán en tu compañía?

—Así lo deseamos, respondió Juan, así Cristina como yo; pero mi madre está delicada y el viejo molino le tira mucho.

—Lo comprendo, dijo Nicolás. La parra vieja, cuando la separan del muro, se marchita. ¿Y tu padre, Juan? Las gentes murmuran. ¿El molino produce?

Juan hizo que no con la cabeza y dijo:

—Ni producirá tampoco; además las deudas le agobian; pero yo le digo que todo eso se remediará con el tiempo. Sus acreedores han convenido en entenderse conmigo y aguardar.

—¿Todos?, preguntó Nicolás.

—Todos los que yo conozco, dijo riéndose Juan.

Nicolás Snyders echó hacia atrás la silla y en su arrugado semblante se dibujó una sonrisa.

—¿De modo que entre tú y Cristina lo teneis ya todo arreglado?

—Con el consentimiento de usted, respondió Juan.

—¿Y tú lo esperas?, preguntó Nicolás.

—Mucho nos alegraríamos de tenerlo.

Juan se sonrió, pero sus palabras no sonaron agradablemente en los oídos de Nicolás Snyders; á éste le gustaba pegar al perro que ladra y enseña los dientes.

—Mejor será que no le aguardes, dijo Snyders; tal vez tendrías que esperar mucho.

Púsose en pie Juan con el rostro encendido de cólera.

—De manera, dijo, que nada le hace variar; pues haga usted lo que quiera.

—¿Te casarás con ella contra mi voluntad?

—A pesar de usted y de los diablos, sus amigos, y de Satanás, su amo, dijo con vehemencia, porque tenía un alma valiente, generosa y tierna, pero era de carácter muy poco sufrido, que hasta los más buenos tienen sus defectos.

—Mucho lo siento, dijo el viejo Nicolás.

—Mucho me alegra oírlo, respondió Juan.

—Lo siento por tu madre, añadió Snyders. Mucho me temo que la pobre mujer, á sus años, se vaya á encontrar sin hogar. El préstamo en garantía del cual hipotecó su casa, habrá de ser satisfecho el día de tu boda, Juan. Lo siento también por tu padre; te has olvidado de uno de sus acreedores. Mucho lo siento por él, que siempre le ha tenido gran miedo á la cárcel. Además, lo siento por ti, joven amigo mío, que habrás de volver á comenzar á buscarte la vida. Al burgomaestre Allart lo tengo cogido y no hay más que decir una palabra y tu barco es mío. Mucho me alegraré, mi joven amigo, que te vaya bien con la novia; mucho es necesario que la quieras, porque muy cara te va á costar.

La sonrisa burlona de Nicolás Snyders hizo perder el juicio á Juan. Buscó algo que, arrojado certeramente á aquella malva-  
da boca, la hiciera callar, y por casualidad llevó la

mano al frasco de plata del buhonero, en el mismo momento en que se posaba también sobre él la de Nicolás Snyders, que ya no se sonreía burlonamente.

también me admiro á veces. ¿Por qué nunca se me ocurren á mí ideas generosas como á los demás? Es cucha, Juan, estoy ahora en un estado de ánimo especial; esto no puede continuar así y tengo el capricho de que cese. Véndeme tu alma, Juan; véndemela para que pueda yo también saber lo que es ese amor y esa alegría de que tanto oigo hablar; será por poco tiempo, Juan, por muy poco tiempo, y te daré cuanto quieras.

El viejo cogió la pluma y comenzó á escribir diciendo:

—Mira, Juan, el barco es tuyo, salvo una desgracia; queda cancelada la hipoteca del molino, tu padre puede ya volver á levantar la cabeza. Todo lo que te pido es que bebamos juntos y que mientras bebas desees que tu alma te deje y venga á ser la del viejo Nicolás Snyders; por poco tiempo, Juan, por muy poco tiempo.

Con mano febril el anciano quitó el tapón del frasco del buhonero y vertió el licor en dos copas gemelas. Juan quería echarlo á broma; el ardor que el viejo demostraba rayaba en frenesí. Seguramente estaba loco, pensaba Juan; mas no por eso dejaría de ser válido el documento que había firmado. Un hombre honrado no juega el alma; pero en la penumbra Juan entreveía el rostro de Cristina.

—¿Harás lo dicho?, murmuró Nicolás Snyders.

—Quiero que mi alma salga de mi cuerpo y entre en el de Nicolás Snyders, respondió Juan volviendo á colocar sobre la mesa la copa vacía, y los dos se miraron uno á otro durante un momento.

Los altos cirios, que estaban sobre la revuelta mesa de escritorio, arrojaron una llamarada y se apagaron, como si los hubieran soplado uno primero y otro después.

En la obscuridad se oyó la voz de Juan que decía:

—Me voy á casa. ¿Por qué apagó usted las velas?

—Podemos encenderlas otra vez con la lumbre del hogar, respondió Nicolás, el cual no quiso confesar que había estado á punto de hacer la misma pregunta á Juan.

Y cogiendo los cirios, uno primero y otro después los acercó á los encendidos tizones y la obscuridad desapareció.

—¿No quieres ver á Cristina?, preguntó Nicolás.

—No, esta noche no, respondió Juan.

—¿Tienes el documento que firmé?

—Lo había olvidado. El anciano lo tomó de sobre la mesa y se lo dió á Juan, que se lo metió en el bolsillo y salió. Nicolás pasó los cerrojos á la puerta, volvió á su bufete y se sentó, apoyando el codo en el libro de cuentas, que permanecía abierto.

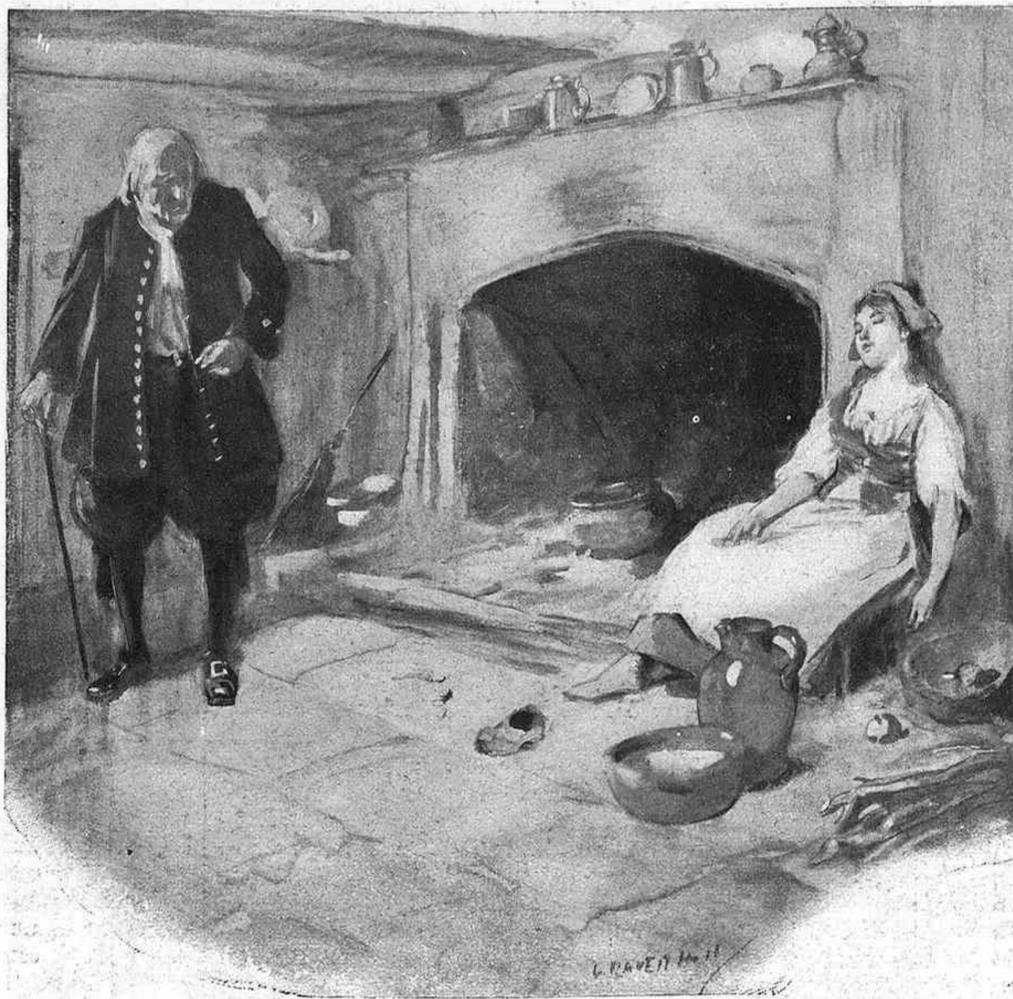
Púsose luego á un lado y se echó á reír.

—¡Qué locuras! ¡Cómo ha de ser posible semejante cosa! Ese hombre debe haberme dado algún hechizo.

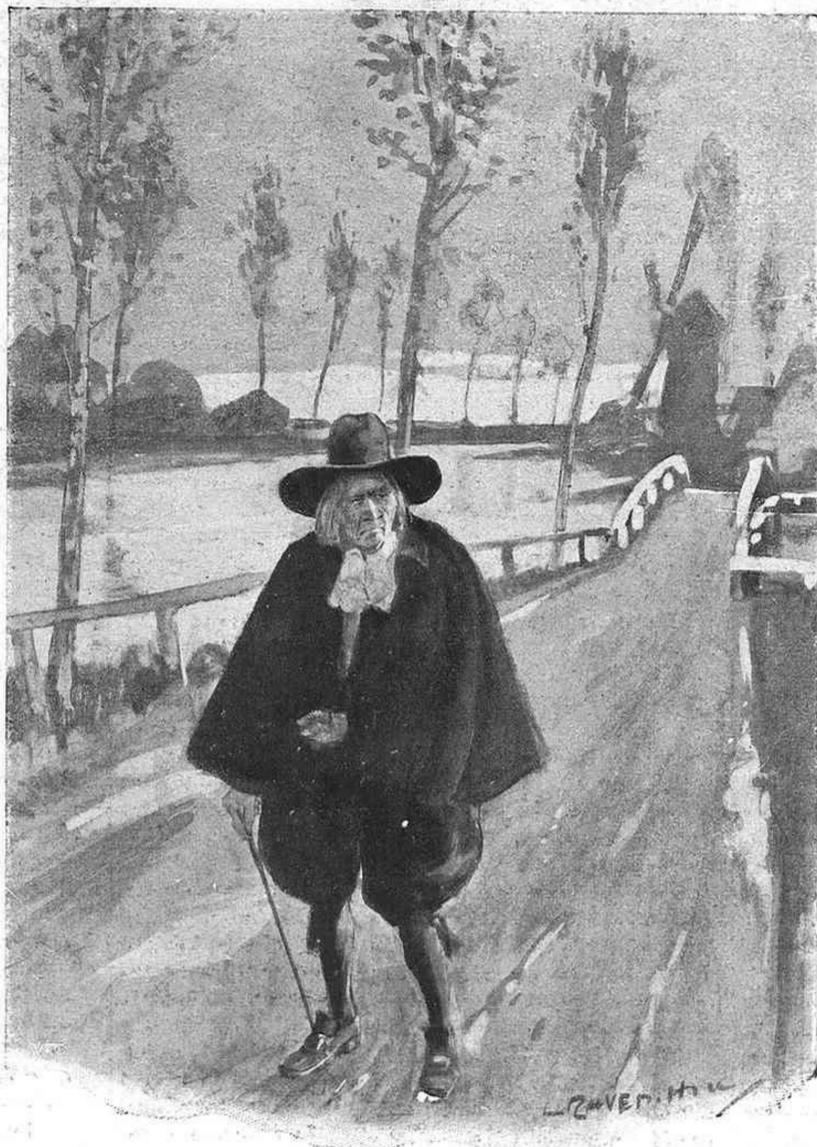
Acercóse Nicolás á la lumbre y se calentó las manos al amor de las llamas.

—Sin embargo, me alegro de que se case con la muchacha. Excelente mozo, excelente mozo, murmuró.

Debióse quedar dormido ante el fuego Nicolás. Cuando abrió los ojos clareaba el alba. Sentía frío estaba rígido, hambriento é indudablemente de malhumor. ¿Por qué no le había des-  
pertado Cristina y servídole la cena? ¿Creea ella que pensaba pasar la noche en un sillón de madera? Esa



Con gran asombro suyo vio a Cristina sentada junto al hogar



Nicolás daba largos paseos por el campo

—Tú te admirarás, Juan, de que yo ande siempre levantando contra mí la cólera y el odio; yo mismo

pertado Cristina y servídole la cena? ¿Creea ella que pensaba pasar la noche en un sillón de madera? Esa

muchacha era una imbécil. Subiría y le diría á través de la puerta cerrada lo que se merecía.

Para subir al primer piso había de pasar por la cocina. Con gran asombro suyo vió á Cristina sentada y dormida junto al apagado hogar.

—A fe mía, murmuró entre dientes, que la gente de esta casa parece que no sabe lo que son camas.

Pero aquella no era Cristina, se decía Nicolás. Cristina parecía siempre un conejo asustado, cosa que mucho le enojaba, y ahora, hasta dormida, tenía una expresión pícarca y atractiva que era una delicia. Además era bonita, bonita hasta lo increíble; en verdad, en su vida había visto antes Nicolás una muchacha tan hermosa. ¿Por qué, cuando Nicolás era joven, eran las mujeres tan diferentes? Una repentina amargura sintió Nicolás, como si se diera cuenta de que desde hacía mucho tiempo le habían robado algo sin que él lo advirtiera.

La joven debía estar fría. Nicolás trajo su capa forrada de pieles y la abrigó con ella.

Había además otra cosa que debía hacer. Esta idea se le ocurrió mientras le tapaba los hombros con la capa, empleando muchas precauciones para no despertarla; debía hacer algo, pero no sabía lo que era á punto fijo. Los labios de la joven estaban entreabiertos. Parecía que le hablaba, que le decía que lo hiciera ó que no lo hiciera; Nicolás no estaba seguro de qué era lo que decía. Media docena de veces se apartó y otras tantas volvió adonde ella seguía durmiendo con aquella expresión pícarca en el semblante y los labios entreabiertos. Pero no adivinaba qué era lo que ella quería, ni lo que él quería tampoco.

Tal vez Cristina lo sabría; tal vez sabría quién era aquella joven y cómo había venido hasta allí. Nicolás subió la escalera, incomodado porque sus pasos la hacían crujir.

La puerta de la habitación de Cristina estaba abierta; nadie había en ella, la cama estaba intacta. Nicolás volvió á bajar las crujientes escaleras.

La joven seguía dormida. ¿Sería tal vez la misma Cristina? Nicolás examinó una por una las hermosas facciones; no creía haberla visto antes, por más que evocaba sus recuerdos; sin embargo, llevaba en el cuello, detalle en el que al pronto no se había fijado, el medallón de Cristina, que subía y bajaba al compás de su respiración. Nicolás lo conocía perfectamente; era la única cosa, de las que pertenecieron á su madre, que Cristina se había obstinado en conservar, la única que guardó contra la voluntad de Nicolás; por nada se hubiera deshecho de aquella alhaja. Tenía, pues, que ser la misma Cristina. ¿Pero qué le había pasado á la joven, ó qué le había pasado á él?

Volvióle la memoria. Acordóse del anciano buho nero, de la entrevista con Juan. ¿Pero no había sido todo aquello un sueño? Sin embargo, sobre la mesa cubierta de papeles, estaba el frasco de plata del vendedor ambulante, junto á las dos copas gemelas.

Trató Nicolás de reflexionar, pero el cerebro le daba vueltas. Un rayo de sol que entraba por la ventana iluminó la polvorienta habitación. Parecía á Nicolás que nunca había visto el sol; involuntariamente alzó hacia él las manos y sintió un estremecimiento doloroso cuando una nube lo ocultó, dejando sólo una luz mortecina. Descorrió los enmohecidos cerrojos y abrió de par en par la puerta de la calle. Ante él se presentó un mundo desconocido, nuevo, lleno de luz y sombras, que le atraía con su belleza, que le llamaba con voces dulces y halagadoras. Otra vez volvió á sentirse como si hasta entonces le hubieran defraudado.

—¡Cuán feliz hubiera podido ser durante todos

estos años pasados, se decía. Esta es la pequeña ciudad que tanto me hubiera gustado, tan aseada y tranquila; toda ella me hubiera parecido mi propia casa; hubiera tenido amigos, antiguos camaradas, tal vez hasta hijos.

Ante su vista cruzó, como una visión, la imagen



Desde la popa del barco de Juan contemplaban los dos el vetusto Zaudam.

de Cristina dormida. Había venido á su casa siendo una niña todavía, llena de gratitud hacia él. Si hubiera tenido ojos para verla tal cual era, ¡cuán diferente hubiese sido todo!

¿Sería ya demasiado tarde? No era tan viejo, no, no era tan viejo; sentía en sus venas una vida nueva. Ella amaba todavía á Juan, pero era al Juan de la víspera; en lo sucesivo, todas las palabras y acciones del joven serían dictadas por el alma malévolá que antes había sido la de Nicolás Snyders y de la que tanto éste se acordaba. ¿Podría ninguna mujer amar á Juan, por más que el cuerpo fuera tan hermoso como se quisiera?

¿Debía él, que era honrado, conservar un alma que había ganado á Juan por medio de lo que pudiera calificarse de una trampa? Sí, fué un contrato legal; Juan había cobrado el precio convenido. Además, Juan no se había dado un alma á su gusto; eso no depende de la voluntad. ¿Por qué á unos se les da oro y á otros guijarros?

Tanto derecho tenía él al alma de Juan, como Juan mismo; él era más juicioso y podría hacer con ella mayores beneficios. El alma de Juan era la que amaba á Cristina; pues él vería ahora si con ella misma la conquistaba. Y al alma de Juan, escuchando estas razones, no se le ocurrían otras que oponerlas.

Continuaba dormida la joven cuando Nicolás volvió á la cocina. Encendió el fuego, preparó el desayuno y despertó suavemente á la muchacha. No había duda, era Cristina. En el momento que sus ojos se fijaron en el viejo Nicolás, éste vió en ellos la mirada de conejo espantado que tanto le había incomodado siempre.

También ahora le molestó, pero el enfado fué consigo mismo.

—Dormía usted tan profundamente cuando entré anoche...; comenzó á decir Cristina.

—Que tuviste miedo de despertarme, dijo Nicolás interrumpiéndola; te figuraste que el viejo tacaño se enfadaría. Escucha, Cristina; ayer pagaste la última de las deudas de tu padre; era á un antiguo marinero á quien no había podido encontrar antes. Ya no debes ni un céntimo y todavía te quedan de tus salarios cien florines; cuando los quieras no tienes más que pedírmelos.

Cristina no acertaba á comprender lo que le decía; ni entonces, ni en los días siguientes tampoco, Nicolás no le dió más explicaciones. Porque el alma de Juan había entrado en el cuerpo de un anciano muy prudente, que sabía que el mejor modo de resarcirse del pasado era disfrutar del presente. De lo que estaba Cristina segura era de que el viejo Nicolás Snyders había desaparecido de misteriosa manera, de que en su lugar había otro Nicolás, que la miraba con ojos cariñosos, franco y honrado y que inspiraba confianza. Aunque Nicolás nunca lo dijo, á Cristina se le figuró que ella misma había sido, con su buena conducta, con su influencia regeneradora, la que había operado aquel asombroso cambio. Esta explicación no le parecía inverosímil y hasta la halagaba.

Nicolás no podía soportar la vista de su revuelta mesa de escribir; salía por la mañana muy temprano y permanecía ausente todo el día, volviendo al caer la tarde, cansado, pero contento, trayendo flores á Cristina, que de ellas se burlaba llamándolas hierbas. ¿Pero de qué sirve el nombre? A Nicolás le parecían hermosas. En Zaudam los niños huían antes de él, los perros le ladraban. Por eso ahora Nicolás, yendo por calles extraviadas, se salía al campo y se iba muy lejos. Los muchachos de las cercanas aldeas llegaron á conocer familiarmente á un anciano bondadoso que se complacía en

contemplar largo rato, apoyando ambas manos en su bastón, sus juegos y en escuchar sus risas, y que siempre traía los amplios bolsillos llenos de golosinas. Las personas mayores que con él se cruzaban, se decían en voz baja unas á otras lo mucho que sus facciones se parecían á las del malvado viejo Nicolás, el avaro de Zaudam, y se preguntaban de dónde habría venido. No fueron únicamente las caritas de los niños las que le enseñaron á sonreír. Al principio le llamaba mucho la atención lo lleno que estaba el mundo de muchachas de peregrina hermosura y también de matronas guapas, todas más ó menos dignas de ser amadas; esto le asombraba mucho. Hasta que al fin se convenció de que, á pesar de todo, Cristina continuaba siendo siempre la que le parecía más encantadora y más apetitosa que todas las demás. Todas las caras bonitas que veía le regocijaban, porque le recordaban la de Cristina.

A su vuelta á casa, el segundo día, halló á Cristina con los ojos tristes; el labrador Beerstraater, antiguo amigo de su padre, había estado á ver á Nicolás, y no habiéndolo encontrado, había charlado un poco con Cristina. Un acreedor, de empedernido corazón, quería despojarle de su casa de labranza. Cristina fingió ignorar que el acreedor era el mismo Nicolás, y maravillóse de que pudieran existir hombres tan malos. Nada dijo Snyders; pero al día siguiente volvió el labrador Beerstraater sonriente, agradecido y sumamente maravillado.

—Pero ¿qué le habrá pasado á mi acreedor para volverse tan bondadoso?, repetía una y otra vez.

Cristina se sonrió y contestó que quizá Dios le habría tocado en el corazón; pero entre sí pensaba que era la influencia de cierta persona. Habiéndose extendido la noticia del suceso, Cristina se vió asedia-

da, y al convencerse de que su intervención iba siempre coronada de buen éxito, cada día se hallaba más satisfecha de sí misma, y por lo tanto, cada vez más de Nicolás Snyders.

El alma de Juan, que en él estaba, se complacía en deshacer todo el mal causado por la suya propia. Pero el juicio, que todavía conservaba, le decía en voz baja:

«Deja que la muchacha crea que todo esto es obra suya.»

La señora Toelast, á cuyos oídos habían llegado estas noticias, hallábase aquella misma noche sentada junto al fuego y frente á Nicolás Snyders, que fumaba y parecía contrariado.

—Está usted cometiendo muchas tonterías, Nicolás Snyders, le decía; todo el mundo se ríe de usted.

—Más quiero que de mí se rían, que no que me echen maldiciones, gruñó Nicolás.

—¿Se ha olvidado usted de todo lo que entre nosotros ha pasado?, preguntó la señora.

—¡Ojalá pudiera!, contestó con un largo suspiro Nicolás.

—¡A la edad de usted!, principió á decir ella.

—Me encuentro más joven que nunca, dijo Nicolás interrumpiéndola.

—Pues no lo parece usted, respondió la señora.

—¿Qué importan las apariencias?, contestó con viveza Nicolás; el alma es lo que constituye al hombre.

—Sin embargo, hay que tenerlas en cuenta si hemos de vivir en este mundo. Vaya, si yo quisiera seguir su ejemplo y ponerme en ridículo, no faltarían jóvenes guapos y finos...

—No sé yo para ello un obstáculo, dijo apresuradamente Nicolás. Según usted dice, soy viejo y tengo mal genio; otros muchos habrá mejores que yo y más dignos de usted.

—No digo lo contrario, pero nadie más á propósito que usted. Las muchachas para los jóvenes y las viejas para los viejos, así se lo he dicho ya. Si usted ha perdido el seso, Nicolás Snyders, yo no. Cuando vuelva usted á ser el que era...

Nicolás Snyders de un salto se puso en pie.

—Yo soy el mismo de siempre, exclamó, y así pienso seguir siendo. ¿Quién se atreve á decir que yo no soy yo?

—Yo, contestó la señora con una tranquilidad que le exasperó. Nicolás Snyders no es el mismo de antes; cuando así se lo manda una muñeca de linda cara, arroja el dinero á puñados por la ventana. Está hechizado y por él lo siento. La chica le volverá loco por favorecer á sus amigos, y cuando ya no le quede á usted un céntimo, entonces se reirá de usted. Si vuelve usted á ser el que era, Nicolás Snyders, se pondrá usted furioso consigo mismo. Acuérdesse de lo que le digo.

La señora Toelast se marchó y cerró tras sí la puerta dando un fuerte golpe.

«Las muchachas para los jóvenes, las viejas para los viejos;» esta frase siguió sonando en los oídos de Nicolás.

Hasta ese momento, la recién hallada felicidad había llenado por completo su existencia, sin darle tiempo para pensar; pero las palabras de la vieja le hicieron entrar en reflexión.

¿Se estaba Cristina burlando de él? Eso le parecía imposible. Nunca había ella pedido nada para sí, nada para Juan. Ese mal pensamiento era hijo únicamente del alma mala de la señora Toelast. Cristina le amaba; el rostro se le alegraba cuando él entraba en casa; le había perdido todo temor, y en vez de temerle le dominaba.

Pero ¿era este el amor que él con tanta ansia ambicionaba? El alma de Juan, en el cuerpo viejo de Nicolás, seguía siendo joven y ardiente. Amaba á Cristina, no como hija, sino como esposa. ¿Podría conquistarla, á pesar del decrepito cuerpo de Nicolás?

El alma de Juan era impaciente. Más valía saber á ciencia cierta que dudar.

—No enciendas las velas; hablemos un poco á la luz de la lumbre, dijo Nicolás.

Cristina, sonriéndose, acercó una silla al hogar y el viejo se quedó sentado en la sombra.

—Cada día, Cristina, estás más hermosa, dijo Nicolás, y será verdaderamente feliz el que pueda llamarte su mujer.

—Nunca me casaré, respondió la joven dejando de sonreírse.

—Nunca es mucho decir, niña.

—La mujer honrada no se casa con el hombre á quien no quiere, respondió ella.

—¿Pero no podrá casarse con el que ame?, dijo Nicolás sonriéndose.

—A veces no, dijo Cristina.

—¿Cuándo sucede eso?

—Cuando él ha dejado de quererla, contestó Cristina volviendo el rostro.

El alma que se albergaba en el cuerpo de Nicolás dió un salto de alegría.

—No te merece, Cristina. Su repentina fortuna le ha trastornado. ¿No es verdad? Sólo piensa en el dinero. Parece como si hubiera entrado en él el alma de un avaro. Sería capaz de casarse hasta con la señora Toelast, por amor á sus tategas, á sus extensas tierras y muchos molinos, si ella quisiera. ¿No podrías olvidarle?

—Nunca le olvidaré. Jamás querré á otro hombre. Trato de ocultar mi amor, y muchas veces me alegro viendo cuánto bien se puede hacer en este mundo; pero el corazón se me parte, añadió poniéndose en pie, arrodillándose junto á él y echándole los brazos al cuello. Me alegro de que me permita usted que se lo diga: si no hubiera sido por usted, en verdad que no hubiera podido soportarlo. ¡Es usted tan bueno para mí!

Por toda respuesta, él acarició con su arrugada mano los dorados cabellos que caían en desorden sobre sus angulosas rodillas. Alzó Cristina la vista; sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no obstante se sonreía.

—No lo entiendo, dijo Cristina. A veces me parece que usted y él deben de haber cambiado las almas. Juan es ahora duro, mezquino y cruel, como solía usted ser; en cambio, es usted bueno, cariñoso y noble, como era él. Es como si Dios me hubiera quitado á mi amante para en cambio darme un padre.

—Escúchame, Cristina, dijo el viejo. El alma es lo que hace al hombre, no el cuerpo. ¿No podrías tú amarme por la nueva alma que tengo?

—Pero si yo le quiero, respondió Cristina llorosa y sonriente.

—¿Como á un marido?

La luz de las llamas iluminaba su cara. Nicolás, sosteniéndola con sus arrugadas manos, la miró largo tiempo atentamente, y leyendo lo que en ella leyó, la estrechó contra su pecho y con su mano enflaquecida acarició aquella cabeza.

—Era una broma, hija mía, dijo. Las muchachas para los jóvenes, las viejas para los viejos. ¿De modo que, á pesar de todo lo sucedido, todavía quieres á Juan?

—Le amo, respondió Cristina; no puedo remediarlo.

—Y si él quisiera, ¿te casarías con él, fuera la que fuera su alma?

—Le amo, no puedo remediarlo, volvió á decir la joven.

El viejo Nicolás se quedó solo, sentado junto á la lumbre, que se apagaba. ¿Es el cuerpo ó es el alma lo que hace al hombre?

La contestación no era tan sencilla como antes le había parecido.

Cristina amaba á Juan, murmuraba entre dientes Nicolás junto á la expirante lumbre, cuando tenía su alma propia. Le ama todavía, á pesar de que ahora tiene la de Nicolás Snyders. Cuando le pregunté si llegaría á quererme, lo que vi en sus ojos fué el terror; me había adivinado. ¿Es, pues, el cuerpo lo que hace al verdadero Juan, al verdadero Nicolás? Si el alma de Cristina entrara en el cuerpo de la señora Toelast, ¿me alejaría yo de aquélla, de sus dorados cabellos, de sus ojos insondables, de sus incitantes labios, para desear los arrugados encantos de la otra? No, solamente de pensarlo me estremezco. Sin embargo, cuando tenía el alma de Nicolás Snyders, no me repugnaba y Cristina no era nadie para mí. Necesario es que sea con el alma con lo que amemos; de lo contrario, Juan querría todavía á Cristina y yo sería aún Nicolás el avaro. A pesar de eso, aquí estoy yo amando á Cristina, empleando el cerebro y el oro de Nicolás Snyders en contrariar todos los planes del propio Nicolás Snyders, haciendo todo aquello que sé que ha de volverle loco cuando torne su alma á su anterior cuerpo; entre tanto, Juan no se ocupa ya de Cristina y se casaría con gusto con la señora Toelast por sus riquezas. Claro está, pues, que es el alma la que hace el hombre. ¿No debiera, por lo tanto, estar yo contento pensando en que voy á volver á mi propio cuerpo, sabiendo que me casaré

con Cristina? Pero no lo estoy, soy muy desgraciado. Comprendo que no seguiré con el alma de Juan, que recobraré mi alma propia, que seré de nuevo el viejo empedernido, cruel y mezquino que antes era, con la diferencia de que ahora estaré pobre y desvalido. Las gentes se reirán de mí y tendré que contentarme con maldecirlas, pues careceré de medios de hacerles daño. Hasta la señora Toelast no querrá saber de mí cuando se entere de todo. Y sin embargo, así tengo que obrar. Mientras tenga en mí el alma de Juan, amaré á Cristina más que á mí mismo. He de hacerlo aunque no sea por otra cosa que por amor á ella; la amo, no puedo remediarlo.

Púsose en pie el viejo Nicolás y sacó del lugar donde un mes antes lo había escondido el frasco de plata primorosamente labrado.

—Queda aún para llenar dos vasos, murmuró Nicolás agitando el frasco junto al oído con precaución.

Y poniéndoselo delante sobre la mesa de escritorio, volvió una vez más á abrir el viejo libro de cuertas forrado de verde, porque aún tenía que trabajar en él.

Muy temprano despertó á Cristina y le dijo:

—Toma estas cartas. Cuando las hayas entregado, antes no, ve á buscar á Juan y dile que aquí le espero para tratar de un asunto de importancia.

La besó tiernamente y pareció que la dejaba partir con pesar.

—Tardaré poco, dijo Cristina sonriéndose.

—Las despedidas siempre son cortas, respondió él.

El viejo Nicolás había previsto las desazones que iba á tener.

Juan estaba satisfecho y no tenía ganas de volver á ser el joven tonto y sentimental de antes, que deseaba unirse con una mujer sin un real. Juan tenía ya otras ilusiones.

—Bebe, hombre, bebe, exclamó con impaciencia Nicolás, antes de que caiga en la tentación de cambiar de modo de pensar. Cristina, si quieres casarte con ella, será la novia más rica de todo Zaudam; ahí está la escritura; léela, y léela pronto.

Juan consintió y los dos bebieron. Y entre ellos, al igual que la otra vez, pasó como un soplo, y Juan, durante unos momentos, se tapó los ojos con las manos.

Quizás fué lástima que así lo hiciera, porque en aquellos mismos momentos Nicolás se apoderó de la escritura, que estaba junto á Juan sobre la mesa. Un momento después aquel documento ardía en la lumbre.

—No estoy tan pobre como creías, dijo Nicolás á modo de graznido. Otra vez puedo levantarme.

Y aquel bicho se reía con una risa horrible, bailando con los flacos brazos en alto ante el fuego, para que Juan no pudiera sacar de él la carta dotal de Cristina antes de que las llamas la convirtieran en cenizas.

Juan no le dijo nada á Cristina. A pesar de todos sus ruegos, ella se empeñó en volver á casa de Nicolás; pero éste la rechazó maldiciéndola. La pobre no comprendía lo que pasaba; lo único que veía claro era que Juan volvía á ser suyo.

—Fué una locura extraña la que de mí se apoderó, decía éste. Vámonos para que las sanas brisas del mar nos devuelvan la salud.

Desde la popa del barco de Juan contemplaban los dos la vetusta ciudad de Zaudam hasta que se perdió de vista.

Cristina lloró un poco al pensar que nunca más lo volvería á ver; pero Juan la consoló, y nuevas impresiones borraron las antiguas.

El viejo Nicolás se casó con la señora Toelast, pero afortunadamente vivió pocos años.

Mucho después, Juan le contó á Cristina toda la historia; pero parecía tan poco verisímil, que Cristina, aunque, por supuesto, no lo dijo, la puso en duda, pensando que Juan trataba de ese modo de explicar aquel mes en que fué su conducta tan extraña y en que pretendió la mano de la señora Toelast. Sin embargo, era muy raro que Nicolás, en aquel mismo mes, que tan pronto pasó, fuera tan distinto de lo que solía ser.

«Tal vez —pensaba Cristina— si yo no le hubiera dicho que amaba á Juan, él no hubiera vuelto á sus antiguas mañas. ¡Pobre señor! No me queda duda de que así lo hizo porque perdió la esperanza de que yo le amara.»

(Ilustraciones de Ruven Hill.)

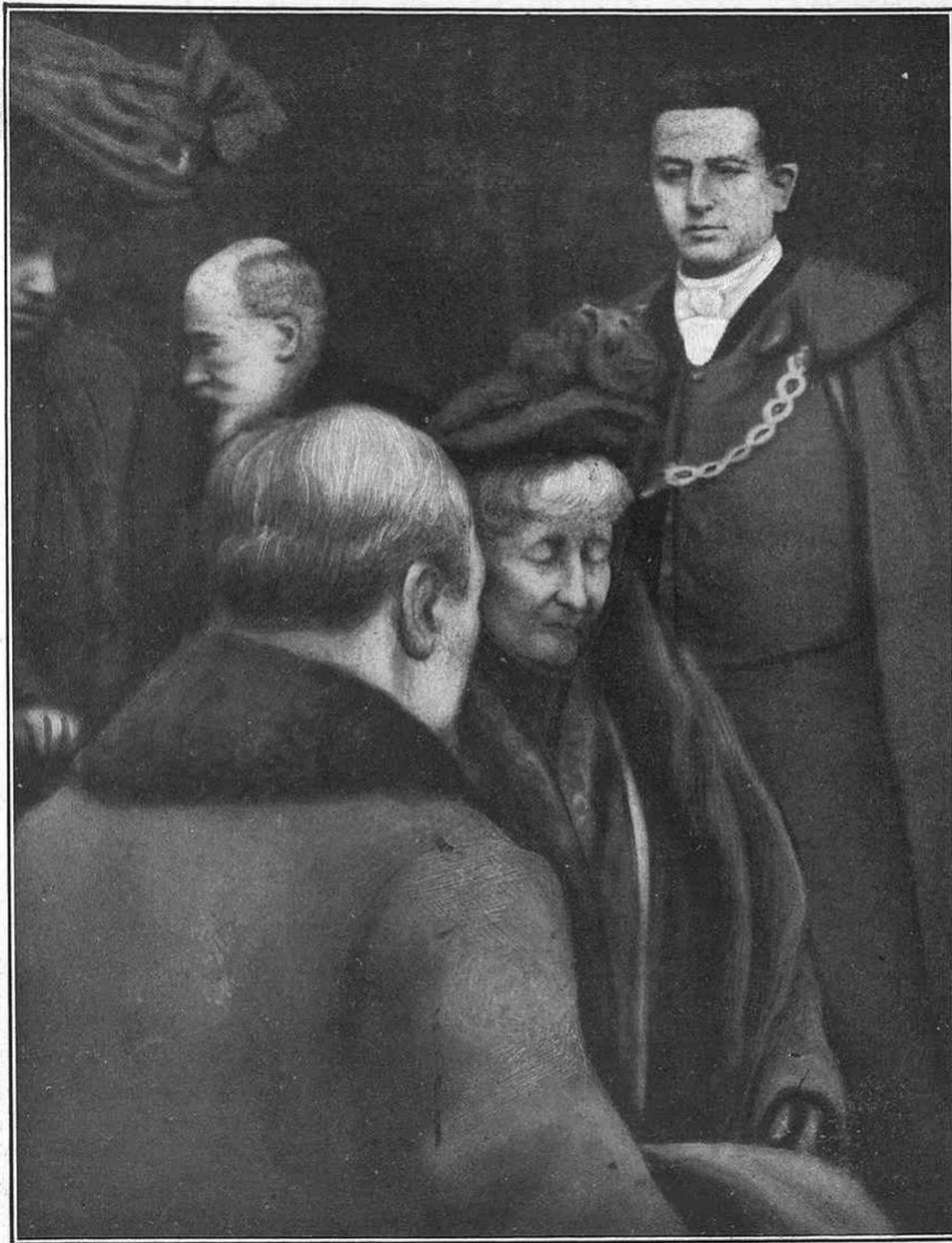
LA EX EMPERATRIZ EUGENIA

Ha circulado recientemente y con mucha insistencia la noticia de hallarse gravemente enferma la ex emperatriz Eugenia; esta circunstancia da en cierto modo carácter de actualidad al adjunto grabado, reproducción de la última fotografía tomada de la augusta dama, y presta, si cabe, mayor interés á la obra que, como en otro lugar de este número anunciamos, repartiremos dentro de pocos días á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

De la introducción que lleva el libro copiamos los siguientes párrafos, que sintetizan la existencia de la que después de haber ocupado el solio imperial de Francia y gozado de todos los esplendores y de todas las grandezas, ha visto su alma torturada por los más grandes dolores.

«La vida de esta soberana es de las que hacen creer en el fatalismo, pues casi no hay etapa en que la desgracia no la persiga. Aun en medio de sus grandezas, se ve condenada por el destino á crueles sufrimientos. Doncella, ve al hombre amado tomar por esposa á su hermana rival. Casada, halla en las infidelidades de su augusto esposo la continuación de las decepciones y amarguras que precedieron al fin trágico de sus doradas ilusiones. Madre, ve destruída su más legítima ambición, muerta su última esperanza.

»Historiadores y libelistas han referido de diverso modo los episodios dramáticos y las intrigas en que se halla envuelta la vida de la emperatriz Eugenia. En el curso de esta obra, creemos dilucidar el secreto del dra-



La ex emperatriz Eugenia en su castillo de «Farnborough Hill» (Inglaterra)  
Fotografía tomada recientemente y comunicada por Carlos Delius

ma político y pasional que tuvo por desenlace la huida de la soberana á Hastings y el destierro del emperador á Wilhemshöhe. Si para ello ha sido preciso invadir los dominios de la vida privada de la emperatriz, se ha hecho con la discreción que las circunstancias exigían, máxime tratándose de una augusta señora que aún vive y cuyos infortunios han superado á sus antiguos esplendores.

»Si no mienten las crónicas, hubo quien, en plena ilusión, le presagió crueles desengaños. Cuentan que, antes de subir al trono, la joven condesa de Teba visitó en Nohan á la famosa autora del *Marqués de Villemér*. La señorita de Montijo contaba ya entre sus adoradores al príncipe Luis Bonaparte. Éste, que fué siempre pertinaz y constante en sus empresas, incluso las amorosas, se convertía en esclavo de las mujeres que le resistían. Tal se mostró en grado superlativo con la altiva española.

»Su destino le ha hecho expiar muy cruelmente su prurito de grandezas. Después de hacerle perder el trono; después de sumirla en las tristezas de la viudez, le arrebató al hijo que la había hecho verdaderamente mujer despertando en ella el más sagrado de los amores, el amor de madre.

»Esta obra alcanza hasta los actuales días de la anciana emperatriz que, después de haberlo perdido todo en el mundo, sigue siendo, como antes hemos dicho, augusta en la desolación, soberana en la majestad del infortunio.»

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

## Dentición

# JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES  
y previene todas los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub<sup>g</sup> Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

## REMEDIO DE ABISINIA

### EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

## ASMA

CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas  
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

## VINO AROUD

**CARNE-QUINA**  
el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
**Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**  
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

## VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado; aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.

## COLONIA

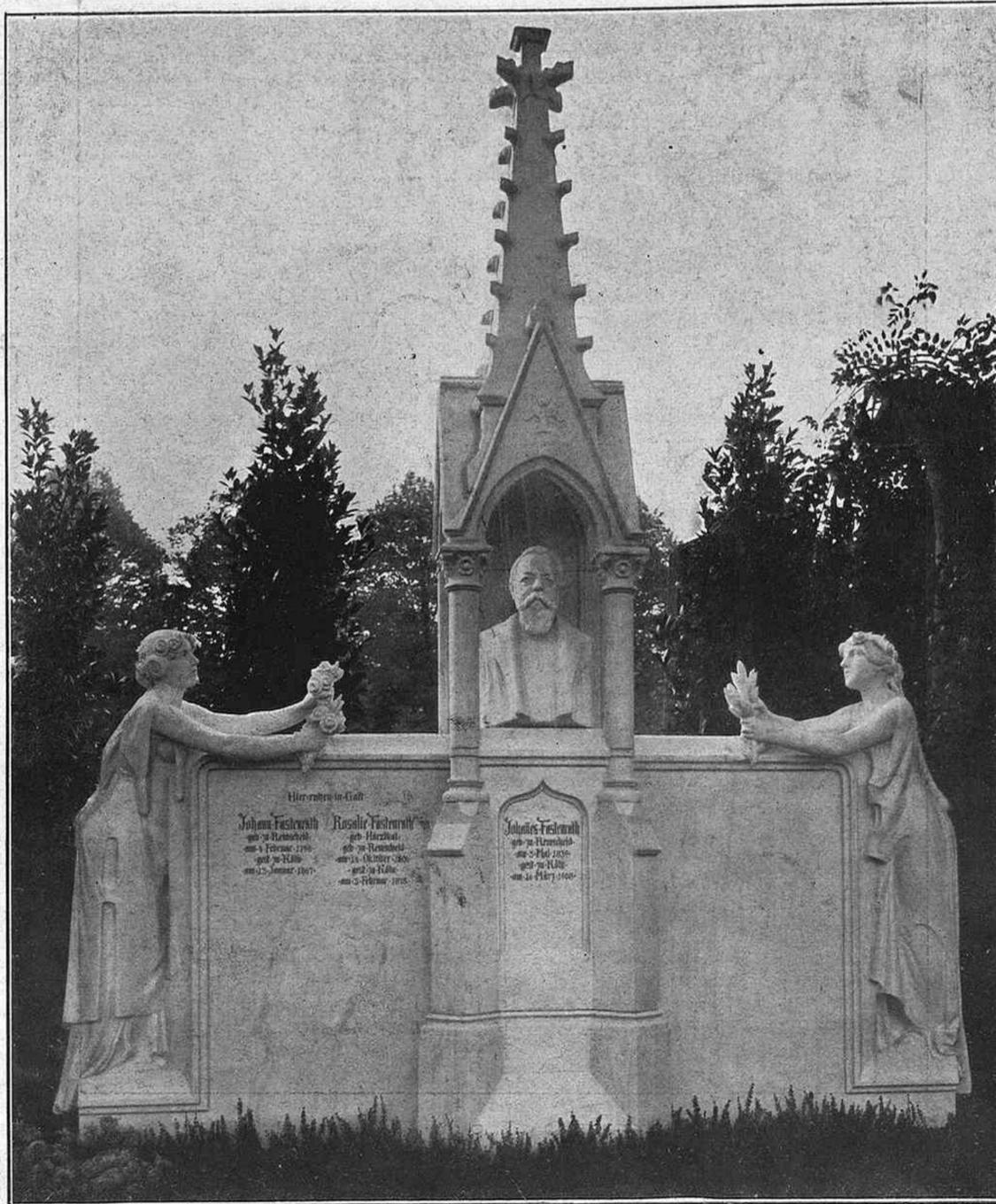
MONUMENTO SEPULCRAL  
Á JUAN FASTENRATH

Recientemente se ha inaugurado en el cementerio central de Colonia el monumento sepulcral en donde han de reposar los restos del que fué escritor ilustre, inspirado poeta, amante esposo y cumplido caballero Juan Fastenrath, aquel constante y entusiasta amigo de nuestro país, que dedicó á España, á ensalzarla y darla á conocer, el caudal de su sentimiento y de su inteligencia.

El instaurador de los Juegos Florales de Colonia, cuya institución pregonaba su gloria, descansa el sueño eterno en el monumento que le ha dedicado el cariño de la que fué su amantísima compañera, ejecutado por el insigne artista Juan Brandstetter, de Graz, de quien son obra los monumentos de la misma índole de los principales escritores y poetas austriacos.

El monumento, que es de mármol blanco, ostenta el busto parecidísimo de Fastenrath, dentro de un templete gótico; á un lado y á otro, sendos genios, primorosamente modelados, ofrecen al poeta ramos de rosas.

El acto de la colocación de los restos de nuestro amigo querido y colaborador de esta Revista fué verdaderamente conmovedor, concurriendo numeroso público, que cubrió de flores la tumba. Dedicaron sentido recuerdo á su memoria el Reverendo Kadecke; el cónsul general de España D. Francisco de A. Caballero; el barón de Perfall, presidente de la Sociedad Literaria; el alcalde Sr. Lané, en nombre de Colonia; el notable escritor Otto Ernst, en nombre de los poetas alemanes, etc., etc., rindiendo todos el merecido homenaje á quien consagró su vida á honrar su patria y dar constantes pruebas de su amor á nuestro país. Descanse en paz, con la gratitud y el afecto de todos los que pudieron apreciar sus virtudes y su inteligencia!



Colonia.— Monumento sepulcral erigido al ilustre poeta y notable hispanófilo Juan Fastenrath, obra de Juan Brandstetter

## LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

LA REVOLUCIÓN DE JULIO EN BARCELONA, por *Moses o H. Vi aescusa*.— Interesante libro en que se relatan los hechos ocurridos durante la semana con razón llamada trágica, se señalan las causas originales y las inmediatas que los determinaron y se indican los remedios que procede aplicar para destruir las unas y evitar la reproducción de los otros. Un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por los herederos de Juan Gili; precio, una peseta.

ALMANAQUE DE BAILLY-BAILLIÈRE Ó PEQUEÑA ENCICLOPEDIA DE LA VIDA PRÁCTICA PARA 1910. MEMORÁNDUM DE LA CUENTA DIARIA Ó LIBRO DE MEMORIAS PARA 1910. AGENDA DE BUFETE PARA 1910.— La conocida casa editorial madrileña de Bailly-Baillière é hijos ha puesto á la venta estas populares publicaciones, en cada una de las cuales se contienen datos de gran interés y utilidad para el público en general la primera, para el ama de casa la segunda y para los comerciantes, industriales y hombres de carrera la última. El precio es respectivamente de 1'50, 2'50 y de 1 á 4 pesetas.

OBRAS COMPLETAS de *Juan Valera*.— Se ha publicado el volumen XXIII de esta importante colección, que comprende varios hermosos artículos de *Crítica literaria* escritos por el eximio literato en el período de 1864 á 1871. Un tomo de 260 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta alemana; precio, tres pesetas.

LA ORTOGRAFÍA RRACIONAL, por *Karlos Kabzon*.— Un folleto de treinta páginas, impreso en Quillota (Chile), en que se copian las opiniones que sobre la ortografía han emitido multitud de gramáticos y literatos españoles, americanos, franceses é ingleses y que abonan la llamada ortografía racional.

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
\*  
Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102 R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

AVISO Á  
LAS SEÑORAS  
**EL APIOL DE LOS DRES**  
**JORET HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
185, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
EXIGIR LA SIGNATURE  
**de BLANCARD**  
APROBADAS  
por la  
Academia  
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN